

ALAN WATTS



EL CAMINO DE LA
LIBERACIÓN



Los seis ensayos y conferencias transcritas que ocupan este volumen suponen una buena representación de la obra de Alan Watts, desde su celebrado primer ensayo sobre el Zen hasta el último seminario que dio tan solo unas semanas antes de su muerte, en 1973. En «El camino del Zen» Watts trata de forma concisa e inspiradora el tema que sirvió de base a uno de sus más conocidos libros. «Juego y supervivencia: ¿Están necesariamente en contradicción?» es un brillante ensayo que nos muestra la evolución de su pensamiento, donde jovialidad y paradoja convergen para abrir la mente del lector. En «La relevancia de la filosofía oriental» el autor pone a sus lectores de formación cristiana frente a las contradicciones internas de una tradición empeñada en negarse a sí misma la posibilidad del contraste y la referencia. «La suspensión del Juicio» plantea la cuestión de si es posible mejorar y el sentido del esfuerzo como arma espiritual. «Chuang Tzu. La sabiduría de lo ridículo» es un ensayo tan ameno como profundo sobre el filósofo favorito de Watts y el Taoísmo. Por último, «La práctica de la meditación» es un texto práctico donde el autor ofrece consejos, trucos y claves para alcanzar el punto justo, la actitud adecuada para concentrarse, sintonizarse y entrar en el aquí y ahora.



Alan Watts

El camino de la liberación

Ensayos y conferencias sobre la transformación del Yo

ePub r1.1

Titivillus 07.09.2021

Título original: *The Way of Liberation*
Alan Watts, 1983
Traducción: Miguel Ángel Establés

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

El camino de la liberación

Prefacio

Prólogo

1. El camino de la liberación en el Budismo Zen

2. Juego y supervivencia

3. La relevancia de la filosofía oriental

4. Suspensión del juicio

5. Chuang-tzu. La sabiduría de lo ridículo

6. La práctica de la meditación

6a. The Practise of Meditation (facsimil)

Autor

Notas

Para nuestros padres y nuestras madres



*Si reflexionas
estando sentado
puedes llegar a ser Buda*

PREFACIO

Los siguientes capítulos ofrecen al lector una rica selección de trabajos literarios y conferencias transcritas del desaparecido Alan Watts. Constituyen una imagen representativa de su vida profesional desde su primer ensayo sobre el Budismo Zen hasta el último seminario que dio tan solo unas semanas antes de su muerte acaecida en 1973. En ellos podemos encontrar una visión general de las influencias formativas que dieron estructura a la filosofía de Watts y que a su vez ofrecen al lector una penetración única en el proceso de realización que, a través de sus trabajos, ha dado al mundo occidental una perspectiva sin precedentes del pensamiento oriental.

El primer ensayo, «El Camino de la Liberación en el Budismo Zen», fue escrito en 1955, con anterioridad a *El Camino del Zen*, en el que Watts trata el mismo tema con mayor extensión. Aunque *El Camino del Zen* contempla muchos de los conceptos ya tratados, el ensayo ofrece un enfoque alentador, conciso e inspirador del Zen.

En yuxtaposición al primer ensayo, la subsiguiente transcripción del último seminario de Watts, «Juego y Supervivencia», muestra cómo su pensamiento fue evolucionando a través de todo lo que siguió. El florecimiento de sus inquietudes por la filosofía oriental se percibe como culminando en una jovial síntesis de penetración filosófica. Esta interacción se cristaliza en la siguiente selección: «La Relevancia de la Filosofía Oriental», en la que Watts trata de las cuestiones fundamentales planteadas por las religiones orientales a los occidentales de educación cristiana.

El siguiente capítulo es la transcripción de una conferencia, «Suspensión del Juicio», en la cual Watts toca las inevitables preguntas y conflictos que emergen de los intentos de autosuperación del hombre occidental, reconciliándolos con el concepto oriental del *wu wei*, o del desasimiento, y de la no interferencia en las formas del mundo.

En el capítulo posterior, «Chuang-tzu: Sabiduría del ridículo», Watts presenta al filósofo que él considera único en toda la historia de la Filosofía. Nos muestra el enfoque humorístico de Chuang-tzu a la falta de objetivo de la existencia, y con ello hace notar que toda la actividad dirigida hacia futuras metas carece de sentido sin la realización continua y controlada del momento presente.

Cómo «vivir en el presente» es deliciosamente tratado en «La Práctica de la Meditación», presentada en esta obra en caligrafía del propio Watts e ilustrada con uno de sus dibujos de Bodhidharma.

En el desarrollo de este trabajo quedo extremadamente agradecido a Rebeca Shropshire por su transcripción y edición de las conferencias habladas, y a George Ingles por su asistencia literaria y erudito consejo.

MARK WATTS
Mill Valley, California

Septiembre de 1982

PRÓLOGO

Para mucha gente el difunto Alan Watts sigue siendo el gurú por excelencia, aunque él jamás pretendió ostentar títulos tan exaltados, forjándose más bien a sí mismo como un «presentador filosófico» que tan solo se limitó a hacer notar lo obvio de su propio camino, caprichoso en sí, pero extremadamente talentoso. Su sentido de hilaridad, su humor y su habilidad para jugar, su risa fácil y su constante empeño en evitar la seriedad y ser siempre sincero son realmente características de un grado de consciencia altamente desarrollado. Ello trae a la memoria al divino Brahmán, de la Filosofía Vedántica, que siempre de buen humor, totalmente inmerso en su *lila*, juega con el universo entero; o al mito hindú de Shiva, que baila al compás de la ilusión cósmica en su aspecto de Nataraja. Watts mostró gran interés por estos temas durante toda su vida, y con frecuencia trató de ellos con la excelencia interpretativa que le caracterizaba, en sus muchas conferencias y prolíficos escritos.

Como todos los filósofos y místicos que representan a la «Filosofía Perenne», la obra de Watts se desarrolló a partir de una experiencia central, usualmente llamada samadhi, satori, consciencia cósmica, o unión espiritual con Dios. En realidad es esta experiencia la que permite establecer una distinción entre una mente iluminada, con una clara profundidad de visión, y las meras abstracciones de un intelecto que busca a tientas.

Philosophia Perennis es una frase que, según parece, fue utilizada por vez primera por el filósofo alemán del siglo XVII Leibnitz. Actualmente puede ser usada para explicar la sabiduría colectiva que emerge de la experiencia del samadhi y que ha sido universalmente registrada en la gran literatura mundial, en los escritos sagrados, en los mitos y en los símbolos, desde tiempos inmemoriales hasta nuestros días. Aunque se ha tratado muchas veces de explicar esta experiencia que lleva al mayor y más alto grado de consciencia, es sabido que el intentar hacer cualquier descripción sobre la misma resulta siempre inútil, pues se trata de una experiencia inefable.

El sabio chino Lao-tzu manifiesta al principio del *Tao Te Ching*: «El Tao que puede ser definido no es el verdadero Tao», y aun así escribió todo un libro sobre el tema. De igual forma se cuenta que Schakyamuni Buddha dijo: «Lo que tengo que enseñar no puede ser enseñado», con todo, continuó impartiendo sus lecciones durante casi cuarenta y cinco años. En el evangelio de San Juan se lee que cuando el cínico Poncio Pilatos preguntó a Jesús: «¿Qué es la verdad?», no hubo respuesta. Alan Watts era aficionado a usar la palabra griega *muein*, que le gustaba traducir como significando «punto en boca» — no puede ser nombrado —. Pero como es bien sabido, Watts jamás podría ser acusado de silencio, puesto que nos ha dejado

unos veinte libros, incontables artículos y una innumerable cantidad de conferencias que afortunadamente fueron grabadas en cinta.

Esta efusión de palabras es indicativa de la necesidad del intelectual de expresarse verbalmente y del poeta de manifestar la belleza al objeto de extraer algo de comprensión de la experiencia. Así llegamos a la «Filosofía Perenne».

Para el místico esta experiencia es el criterio de lo soteriológico^[1] o la confirmación del aspecto redentor dentro del espectro entero de la experiencia religiosa. Aunque nunca puede ser imaginado, preconcebido a través de una rendición total y sin reservas a lo divino. En muchas ocasiones sigue a un estado de la mente de intensa desesperación, profundo y extremadamente doloroso, una extraña coincidencia de opuestos en la que la oscuridad abismal se torna en la luz más gloriosa. Así como la flor de loto crece en el cieno, se produce la elevación desde un estado caótico hasta la más gloriosa bienaventuranza. Esto nos recuerda ese acontecimiento en la vida de Ramakrishna en el que un instante antes de alcanzar el Samadhi en la forma de una «revelación de la Madre Divina», se hallaba a punto de suicidarse.

Como Alan Watts expresó con vivida claridad en uno de sus mejores ensayos, «Esto es Ello» («This is It»), cada persona interpretará esta sublime experiencia dentro del contexto del ambiente religioso y filosófico de su cultura particular y la expresará como una confrontación con o como una realización interior de lo divino:

«Los términos en los cuales un hombre interpreta esta experiencia están sacados naturalmente de las ideas religiosas y filosóficas de su cultura y sus diferencias a menudo ocultan su identidad básica. De la misma forma que el agua busca el camino de menor resistencia, así las emociones se visten con los símbolos que tienen más a mano, y esta asociación es tan rápida y automática que el símbolo puede llegar a parecer ser el verdadero corazón de la experiencia. Claridad — la desaparición de los problemas — sugiere luz, y en momentos de tan aguda claridad puede haber una sensación de luz que penetra todo... Uno se siente prendido y unido a una vida infinitamente otra que la propia. Pero al igual que el latido del corazón puede ser considerado como algo que nos *pasa*, o como algo que *hacemos* nosotros dependiendo del punto de vista, otra persona sentirá que ha experimentado no una trascendencia divina, sino su propia y más íntima naturaleza. Alguno tendrá la sensación de que su ego o propio yo se ha expandido hasta llegar a ser el infinito universo, mientras que otro sentirá que se ha perdido completamente y que lo que él llamaba su ego nunca fue nada más que una abstracción. Alguien se describirá a sí mismo como infinitamente enriquecido y algún otro hablará de haber sido arrastrado a tan absoluta pobreza que ni siquiera posee su mente ni su cuerpo y no tiene interés en el mundo»^[2].

En el resplandor crepuscular de esta experiencia uno puede realizar el propósito cósmico y la significación espiritual de toda vida. La total existencia deviene sagrada. La persona se inunda de amor y humildad. Todas las cosas se afirman en lo que son y se siente que todo ha estado siempre bien. Aunque el éxtasis disminuye con el tiempo, la mente retiene una sensación de certidumbre y un elemento que gradualmente va creciendo hasta convertirse en un estado integral del ser que finalmente se expresa en la vida diaria de quien lo posee.

A través del cultivo interior o por la eliminación de varias obstrucciones y simplemente dejando que «Ello» fluya, algunos logran el florecimiento de la búsqueda espiritual en el altruismo o servicio amoroso. Uno de los mayores ejemplos que tenemos hoy día en el mundo lo encontramos en la vida y obra de la Madre Teresa de Calcuta. Sin embargo, para estos pocos no parece que consigan nada, sino que más bien «Lo» reciben como un regalo por la gracia en sí.

Pero demos la última palabra sobre esto al gran historiador de religiones Mircea Eliade, haciendo una cita de su libro *Los Dos y el Uno*, en el cual él resume el capítulo «Experiencias de la Luz Mística»:

«Porque toda conceptualización se halla irremediabilmente ligada al lenguaje, y consecuentemente a la cultura y a la historia. Se puede decir que el significado de la luz sobrenatural es directamente transmitido al alma del hombre, que la experimenta, y aun así este significado solamente puede entrar totalmente en su consciencia revestido de una ideología preexistente. Aquí yace la paradoja: el significado de la luz es, por una parte, en última instancia un descubrimiento personal, y por la otra, cada hombre descubre aquello para lo que estaba espiritual y culturalmente preparado para descubrir. Con todo, ahí queda este hecho que nos parece fundamental: cualquiera que sea la condición ideológica previa, el encuentro en la Luz produce un cambio en la existencia del sujeto, que le revela — o le aclara aún más que antes — el mundo del Espíritu, de la santidad y de la libertad, en resumen, existencia como creación divina, o el mundo santificado por la presencia de Dios»^[3].

Desde edad muy temprana, Watts se sintió fascinado e intensamente interesado por «todas las cosas de Oriente». Es innecesario decir que sus talentosas interpretaciones de la filosofía y religión orientales se encuentran entre las mejores. Y, sin embargo, por alguna extraña razón hay tanto críticos como admiradores que habiendo hecho una evaluación superficial de su obra se refieren a él como un «popularizador del Budismo Zen». Para la mente discerniente, sin embargo, será aparente que su mayor contribución se halla en su interpretación y celebración de la experiencia mística. Como él mismo escribió hacia la mitad de su vida profesional:

«Vi todo tal y como es ahora, es ELLO, es el punto de unión total de vida y universo. Vi que cuando en los *Upanishads* se dice “eso eres Tú”, o “Todo

este mundo es Brahmán”, se refiere exactamente a lo que dicen. Cada cosa, cada evento, cada experiencia en su ineludible actualidad y en toda su particular individualidad era exactamente lo que tenía que ser, y de tal forma que en sí mismas adquirirían una originalidad y autoridad divinas. Me impresionó con la mayor claridad el hecho de que nada de esto dependía de que yo lo viera de esa forma; así eran las cosas, las comprendiese o no, y si yo no lo entendía, eso también era ELLO. Más aún, sentí que ahora comprendía aquello a lo que el Cristianismo podía referirse al hablar del amor de Dios, a saber que a pesar de la razonable imperfección de las cosas, estas eran, sin embargo, amadas por Dios tal y como eran, y que este amor constituía al mismo tiempo su propia divinidad. Esta vez la vívida sensación de luz y claridad duró toda una semana.»

Esta experiencia, reforzada por otras que siguieron después, ha sido la fuerza vivificadora de mis escritos y de mi filosofía desde entonces^[4].

El genio de Alan Watts residía en su originalidad y método en su habilidad para quitar las obstrucciones del flujo mental dando paso a un alegre juego de palabras derramándose constantemente en una aparente disposición mágica de regocijo, ingenio y humor con profundo significado e instrucción; su talentoso uso de la lengua inglesa; su extraordinaria memoria, y su amplio campo de intereses intelectuales en una erudición que abarcó no solo la historia de las religiones y del pensamiento filosófico, sino que le llevó a estudiar a científicos tan eminentes como L. L. Whyte, Gregory Bateson, David Bohm, Joseph Needham y otros, incluyendo a Korzybski, Sapir, Whorf y Wittgenstein.

A través de su representación de la «Filosofía Perenne» y su síntesis del Vedanta, del Budismo Mahayana y del Taoísmo, la obra de Watts ha ganado un respeto entre los miembros menos dogmáticos y más liberales de la comunidad científica. Esto a su vez ha abierto mayores posibilidades de diálogo y comunicación entre los religiosos orientales y los empíricos modernos, lo que en el curso del tiempo podría llegar a tener su influencia incluso en los sistemas educativos más elementales.

En las conferencias que siguen, que han sido seleccionadas y editadas por el hijo de Alan, Mark Watts, encontraremos algunas charlas ejemplares que el Dr. Watts pronunció entre los años 1966 y 1973. También se incluye un trabajo que fue escrito en 1955.

Se puede descubrir que a través de la mayor parte de su vida Watts mantuvo una actitud de gran afirmación y de alegre participación en toda existencia. Se regocijaba ante casi cualquier circunstancia, tuvo buena fortuna y dio la impresión de estar encima de la cresta de una ola durante toda su vida.

Al familiarizarnos con sus muchos escritos y conferencias, podemos llegar a descubrir que esta misma actitud puede ser despertada en nosotros, y así nos unimos a Watts para cantar junto con Nammalvar:

*Él no es: Él es.
Así, es imposible hablar de Él,
que ha traspasado la tierra y el cielo,
llegando a ser el poder interno en todas las cosas.
Él no es afectado por los defectos.
Él es la morada de la bienaventuranza.
Tal persona he alcanzado^[5].*

GEORGE INGLES
Berkeley, California
Marzo de 1982

1

EL CAMINO DE LA LIBERACIÓN EN EL BUDISMO ZEN

Las palabras no pueden expresar más que un pequeño fragmento del conocimiento humano, porque lo que podemos decir y pensar es siempre inconmensurablemente menor de lo que experimentamos. Esto no es solamente porque no hay límites para la descripción exhaustiva de un acontecimiento, al igual que no hay límites para las posibles divisiones que se pueden hacer de una pulgada; es también porque hay experiencias que desafían a la misma estructura de nuestro lenguaje, de la misma manera, el agua no pueda transportarse en un cedazo. Pero el intelectual, el hombre que posee una gran habilidad con las palabras, se halla siempre en el peligro de restringir lo que puede ser conocido a lo que puede ser descrito. Por tanto, es fácil que se confunda y desconfíe cuando alguien intente utilizar un lenguaje llano para expresar una experiencia que rompe su lógica; una experiencia que las palabras pueden expresar tan solo a costa de perder su significado. Desconfía de un pensamiento borroso y mal concebido; no existe experiencia que puede corresponderse con una forma de palabras tan aparentemente disparatada.

Esto resulta particularmente cierto en una idea que aflora repetidamente en la historia de la filosofía y de la religión: la idea de que la aparente multiplicidad de hechos, cosas y eventos es una realidad. Uno, o por decirlo más correctamente, está más allá de la dualidad. Esta idea en general propone algo más que una teoría especulativa; está destinada a transmitir la experiencia real de la unidad, que puede ser también explicada como el sentido de que todo lo que pasa o puede pasar es correcto y natural en una forma tan positiva que puede ser incluso llamada divina. Para ponerlo en palabras del *Shinjinmei*:

Uno es todo;

Todo es uno.

Si solo puede ser así,

¿Por qué preocuparse por la imperfección?

Para el lógico tal pronunciación carece de sentido y para el moralista resulta abiertamente subversiva. Incluso el psicólogo puede llegar a preguntarse si no habrá algún estado de mente o sentimiento que tales palabras puedan fielmente representar. Porque puede insistir en que las sensaciones o sentimientos son reconocibles tan solo por sus mutuas diferencias, como conocemos lo blanco por contraste con lo negro, y que por tanto la sensación de no diferencia, de absoluta unidad, no puede ser

experimentada. A lo sumo sería como ponerse unas gafas con los cristales de color de rosa. Al principio uno vería las nubes de ese color por contraste con el recuerdo de las nubes blancas, pero al cabo del tiempo el contraste desaparecería y el matiz que inundaría todo se desvanecería de la consciencia. Sin embargo, la literatura Budista Zen no sugiere para nada que la experiencia de la unidad o no dualidad puede ser experimentada solo temporalmente, por contraste con esa primera experiencia de la multiplicidad. Sugiere, por el contrario, que se trata de una experiencia permanente y que de modo alguno desaparece al familiarizarse con ella. La mejor forma de comprenderlo será seguir el proceso interno a través del cual la experiencia se lleva a cabo. Esto significará en primer lugar, tratando desde un punto de vista psicológico, averiguar si las palabras expresan alguna realidad psicológica, dejan algún sentido lógico o propiedad moral.

Se puede asumir que el punto de partida es el sentimiento de conflicto del hombre común entre él mismo y su medio, entre sus deseos y los crudos hechos de la naturaleza, entre su propia voluntad y la discordante voluntad de los demás. Ese deseo de reemplazar el sentimiento de conflicto por un sentimiento de armonía encuentra su paralelo en la atávica preocupación de filósofos y científicos por comprender la naturaleza en términos de unidad en el perenne descontento de la mente humana con el dualismo. Veremos que esto es de muchas formas un punto de partida poco satisfactorio. El problema de decir a alguien cómo proceder desde este punto a la experiencia de la unidad sigue siendo el del patán a quien preguntaron cómo llegar a un oscuro pueblo. Después de rascarse la cabeza respondió: «Bien, señor, yo sé dónde está, pero si yo fuera usted no me pondría en camino desde aquí.» Pero desafortunadamente este es justo el sitio en donde nos encontramos.

Consideremos entonces algunas de las formas en las que los maestros de Zen han tratado este problema. Hay cuatro maneras en particular que parecen merecer especial atención y que podríamos enumerar como sigue:

1. Responder que todas las cosas son en realidad Uno.
2. Responder que todas las cosas son en realidad Nada. Vacío.
3. Responder que todas las cosas son perfectamente correctas y naturales simplemente en la forma que son.
4. Decir que la respuesta es la pregunta, o el preguntador.

La pregunta en sí misma puede asumir muchas formas, pero esencialmente se trata del problema de la liberación del conflicto, del dualismo, de lo que el budismo llama el samsara o círculo vicioso de nacimiento y muerte.

1.-Como ejemplo del primer tipo de respuesta, la aserción de todas las cosas son en realidad Uno. Consideremos las palabras de Eka:

La verdad profunda es el principio de la identidad última.

*Bajo el engaño la gema mani puede ser considerada como un azulejo roto.
Pero cuando entráis realmente en el autodespertar, es una perla real.
Ignorancia y sabiduría son lo mismo sin diferencia.
Porque debéis de saber que las diez mil cosas son todas Semejanza (tathata).
Es más allá de la piedad por aquellos discípulos que mantienen una visión
dualista, que yo escribo mis palabras y envío esta carta.
Considerando este cuerpo y el Buda como algo ni diferente ni separado.
¿Por qué, entonces, habríamos de buscar algo que no necesita ser añadido a
nosotros?»^[6]*

La implicación de esta respuesta es que la liberación del conflicto del dualismo no requiere esfuerzo alguno para cambiar nada. Solo hay que darse cuenta de que toda experiencia es idéntica con el Uno, la naturaleza del Buda, o el Tao, y entonces el problema simplemente desaparecería. De igual forma cuando Joshu le preguntó a Nansen: «¿Qué es el Tao?», este replicó: «Tu mente ordinaria es el Tao.» «¿Cómo — inquirió Joshu — puede uno volver a avenirse con ella?» Nansen contestó: «En el momento en que intentas avenirte te desvías.»^[7]

La respuesta psicológica a contestaciones de esta clase será un intento de sentir que cada experiencia, cada pensamiento, sensación o sentimiento es el Tao, que de alguna manera lo bueno es lo mismo que lo malo, lo placentero lo mismo que lo doloroso. Esto puede tomar la forma de un intento de agregar el pensamiento-símbolo «esto es el Tao» a cada experiencia conforme sucede, aunque obviamente será difícil extraer mucho contenido, mucho significado, de un símbolo que se aplica por igual a cada posible experiencia. Sin embargo, como la frustración por no comprender el contenido emerge, se afirma que también esto es el Tao, de manera que cualquier comprensión de lo que este «Uno que es Todo» pueda ser, se vuelve más y más evasiva.

2.-Así otra y quizá mejor forma de responder a la primera pregunta es afirmar que todas las cosas en realidad son Nada o Vacío (*shunyata*) siguiendo la doctrina del *Prajnaparamita-hridaya-sutra*. «Forma es precisamente el vacío; el vacío es precisamente forma». Esta respuesta no provoca intento alguno de hallar contenido ni significado en el término usado para representar la realidad del Uno. En el Budismo la palabra *shunya* o vacío implica inconcebibilidad más bien que mera inexistencia. La respuesta psicológica a la aserción de que todo es Uno puede ser descrita como un intento de decir «Sí» a todas las experiencias según van sucediéndose, como un intento de lograr una total aceptación o afirmación de la vida en todos sus aspectos. Por el contrario, la respuesta psicológica que sugiere la aserción de que todo es Vacío sería un intento de decir «No» a cada experiencia.

Esto se encuentra también en el Vedanta, donde la fórmula *neti, neti*, «esto no, esto no», se utiliza para sustentar la comprensión de que ninguna experiencia es la realidad del Uno. En el Zen la palabra *mu*^[8] — no, no es, no nada — se usa de una

forma similar y es con frecuencia empleada como un *koan*^[9] o problema de iniciación en la meditación para los principiantes, de tal manera que en todo momento y bajo todas las circunstancias estos persistan en decir la palabra «No». De aquí la respuesta de Joshu a la pregunta: «¿Cómo será cuando venga a ti sin nada?» «¡Deshazte de eso!»^[10].

3.-Después están las respuestas que parecen implicar que no debe hacerse absolutamente nada, no decir «Sí» ni decir «No» a las cosas. El punto aquí es, por el contrario, dejar en paz a la experiencia y a la propia mente permitiéndoles ser exactamente como son. Consideremos lo que dice Einzai:

«Solo se puede resolver el Karma anterior cuando surgen las circunstancias. A la hora de vestirse, ponte tus ropas. Cuando tengas que caminar, camina. Cuando tengas que sentarte, siéntate. No tengas el más mínimo pensamiento en tu mente sobre la búsqueda del estado búdico. ¿Cómo puede ser esto? Los antiguos dicen: “Si tú deseas deliberadamente buscar al Buda, tu Buda es Samsara”... Seguidores del Tao: no hay sitio en el budismo para el uso del esfuerzo. Simplemente sed normales, sin nada especial. Aliviad vuestro intestino, evacuad el agua, poneos vuestras ropas y tomad vuestro alimento. Cuando estéis fatigados, id y acostaos. La gente ignorante puede reírse de mí, pero el sabio comprenderá... Los antiguos dicen: “Para poder encontrar a un hombre del Tao en el camino, primero no debes de hallarte mirando al Tao.” Así se dice que si una persona practica el Tao, el Tao no dará *resultado*»^[11].

De igual manera, un monje preguntó a Bokuju: «Nos vestimos y comemos cada día, ¿pero cómo podemos librarnos de tener que vestirnos y tomar alimento?» El maestro respondió: «Nos vestimos; comemos.» «No entendí.» «Si no entiendes — dijo el maestro — vístete y toma tu alimento»^[12]. En otros casos el estado de no dualidad se representa algunas veces como más allá de los opuestos de calor y frío, pero cuando se pide una descripción de este estado, el Zen dirá:

*Cuando hace frío nos reunimos
alrededor del hogar
frente al ardiente fuego.
Cuando hace calor,
nos sentamos a la orilla del arroyo de la montaña
en el bosquecillo de bambú*^[13].

Aquí la respuesta psicológica parece ser el hecho de que sea la propia mente quien responda a las circunstancias según le apetezca, no luchar contra la sensación de calor en verano o de frío en invierno, y — debemos añadir — no luchar contra la sensación de que tenemos una sensación contra la que queremos luchar. Es como

decir que la manera en la que uno realmente siente es la manera correcta de sentir, y que el conflicto básico entre la vida y uno mismo emerge al intentar cambiar ese sentimiento o tratar de desembarazarnos de él.

Sin embargo, este mismo deseo de sentir de una forma diferente puede también ser en sí mismo ese sentimiento presente que no hay que cambiar.

4.-Finalmente tenemos el cuarto tipo de respuesta, que vuelve la pregunta sobre sí misma o sobre el que la hace. Eka dijo a Bodhidarma: «No tengo paz en la mente. Por favor, pacifica mi mente.» Bodhidarma respondió: «Muéstrame tu mente, ponla aquí frente a mí y la pacificaré.» «Pero cuando busco a mi mente no puedo encontrarla», dijo Eka. «¡Mira! — concluyó Bodhidarma —, ¡ya he pacificado tu mente!»^[14]

Doshin le preguntó a Sesan: «¿Cuál es el método para la liberación?» El maestro respondió: «¿Quién te ata?» «Nadie me ata.» «Entonces — dijo el maestro —, ¿por qué buscas la liberación?»^[15] Hay otros ejemplos en los que la respuesta es simplemente la repetición de la pregunta o algún tipo de respuesta como: «Tu pregunta es perfectamente clara. ¿Por qué me preguntas a mí?»

Las respuestas de este tipo parecen dirigir la atención al estado mental que hace que la pregunta surja, es como si dijéramos: «Si tus sentimientos te están molestando, averigua quién o qué es lo que está siendo molestado.» La respuesta psicológica es, por tanto, tratar de sentir a lo que siente y de conocer a lo que conoce — hacer un objeto del sujeto —. Sin embargo, como dice Obaky: «Hacer que el Buda trate de buscarse a sí mismo, o hacer que la mente se apodere de sí misma, esto es un eterno imposible.» De acuerdo con Ekai: «Es como buscar un buey cuando vas montando sobre él», o como dice uno de los poemas del Zenrin Kushu:

*Como una espada que hiere, pero no puede herirse a sí misma;
Como un ojo que ve, pero no puede verse a sí mismo.*

En palabras de un viejo proverbio popular chino: «Una sola mano no puede dar una palmada». ¡Y, sin embargo, Hakuin siempre iniciaba en el Zen a sus estudiantes pidiéndoles que escucharan el sonido de una palmada dada con una sola mano!

No es difícil observar que hay un patrón común que subyace en estos cuatro tipos de respuestas, puesto que todas ellas son circulares. Si todas las cosas son el Uno, entonces nuestro sentimiento de conflicto entre las dualidades es también el Uno, al igual que nuestra objeción a tal sentimiento. Si todas las cosas son Vacío, entonces el pensamiento de que ello es así es también vacío, y nos sentimos como si se nos pidiera que nos metiéremos en un agujero y fuéramos recogiendo el agujero que quedase por detrás a nuestro paso. Si todo lo que sucede es perfectamente correcto y natural en su forma, entonces lo incorrecto e innatural es también natural. Si simplemente tenemos que dejar que las cosas pasen, ¿qué pasa cuando una de estas cosas es precisamente nuestro deseo de interferir en el curso de los acontecimientos?

Y, finalmente, si la raíz del conflicto es una falta de autocomprensión, ¿cómo podemos comprender al ser que está tratando de comprenderse a sí mismo? En resumen: la raíz del problema es la pregunta. Si no nos hacemos la pregunta, el problema no surge. Por decirlo de otra forma, el problema de cómo escapar del conflicto es el mismo conflicto del que uno está intentando escapar.

El que todas estas respuestas no resulten particularmente útiles, es decir, que en realidad no existe ayuda alguna a la situación humana. El remedio para el sufrimiento es, después de todo, como cambiar de posición cuando uno está acostado sobre una cama dura y todo avance en el control de nuestro entorno hace que este entorno sea más difícil de controlar. No obstante, todo este movimiento mental al menos parece producir dos conclusiones bien definidas. La primera es que si no intentamos ayudarnos a nosotros mismos nunca sabremos lo desvalidos que en realidad somos. Solo a través de un incesante cuestionamiento podemos comenzar a conocer los límites y, por tanto, la misma forma de la mente humana. La segunda es que cuando al fin somos conscientes de las profundidades de nuestra incapacidad, alcanzamos la paz. Nos hemos dado por perdidos, y esto es lo que quiere decir abandonarse, autoentrega o autosacrificio.

Quizá esto arroje alguna luz sobre la doctrina budista del Vacío, sobre el dicho de que en realidad todo está vacío o es en vano. Porque si el más profundo impulso de mi ser es escapar de un conflicto que es sustancialmente idéntico al deseo de escapar del conflicto, si, en otras palabras, la entera estructura de mí mismo, mi ego, es un intento de hacer lo imposible, en el fondo estoy vacío y es todo en vano. Soy simplemente una picazón que no tiene nada que rascarse. Intentar rascarse empeora la picazón, pero una picazón es, por definición, lo que quiere ser rascado.

El Zen, por tanto, intenta comunicar una vívida relación del círculo vicioso, la incapacidad, y la plena imposibilidad de la situación humana, de ese deseo de armonía, que es precisamente conflicto, ese deseo en nuestro corazón que es nuestra mismísima voluntad de vivir. Esto sería una disciplina masoquista de pura autofrustración si no fuera por una consecuencia curiosa y aparentemente paradójica. Cuando está claro y más allá de toda duda que la picazón no puede ser rascada, deja de picar por sí misma. Cuando se ha comprendido que nuestro deseo básico es un círculo vicioso, deja de girar espontáneamente. Pero esto sucede solo cuando se ha hecho completamente claro y cierto el que no hay forma de *hacer* que pare.

El intento de hacer que uno *haga* o no haga algo implica, por supuesto, una dualidad subjetiva e interna, una división en pedazos de la integridad de la mente que trae como consecuencia una parálisis de la acción. Hasta cierto punto entonces la manifestación de todo es Uno y Uno es todo, realmente expresa el fin de esta división interna y el descubrimiento de la autonomía y unidad original de la mente. No es diferente a aprender el uso de un nuevo músculo, cuando de repente lo movemos desde dentro, o más bien se mueve solo, después de que todos los esfuerzos por

obligarlo desde fuera han sido inútiles. Este tipo de experiencia es lo suficientemente vívida, pero, como todos sabemos, prácticamente imposible de comunicar.

Es importante recordar que el estado mental en el que surge esta nueva experiencia de unidad es de una total futilidad. En Zen se compara al ejemplo de un mosquito que pica a un toro de hierro o como expresa otro poema del Zenrin Kushy:

*Para pisotear el Gran Vacío
el toro de hierro debe sudar.*

Pero, ¿cómo puede un toro de hierro sudar? Es la misma pregunta que «¿cómo puedo escapar del conflicto?» o «¿cómo puedo atrapar a mí mismo o tomarme de mi propia mano?»

Ahora bien, en la intensidad de este completo callejón sin salida, en el que la impotencia radical del ego es vívidamente comprendida, de repente se da uno cuenta, no obstante, de que todavía queda un gran proceso de vida. «Me levanto y me siento. Me visto y como... El viento sopla en los árboles y se oye la bocina de los coches en la distancia.» Con mi ser ordinario reducido a nada más que un esfuerzo completamente inútil, súbitamente me doy cuenta de que todo esto es mi actividad real, que la actividad de mi ego ha sido desplazada por la total actividad de la vida, de tal manera que las rígidas fronteras entre yo y todo lo demás han desaparecido completamente. Todos los acontecimientos cualesquiera, sea la elevación de mi propia mano, sea la cháchara de un pájaro que se oye desde fuera, son contemplados como sucediendo *shizen*^[16] por sí mismos o automática, espontáneamente, como distintos del sentido mecánico de la palabra.

*Las azules montañas son en sí mismas azules montañas.
Las blancas nubes son en sí mismas blancas nubes*^[17].

Y la elevación de una mano, el pensar en un pensamiento o el tomar una decisión suceden justamente de la misma forma. Se hace claro que esta es, de hecho, la manera en que las cosas han sucedido siempre y que por tanto todos los esfuerzos que he hecho para moverme o para controlarme han sido inútiles, habiendo tenido el único valor de probar que ello no puede hacerse. El concepto entero del autocontrol ha sido malinterpretado, ya que es imposible hacer que uno mismo se relaje, o hacer que uno mismo haga algo, como abrir la boca exclusivamente por el acto mental de desear que se abra. No importa cuánto se esfuerce la voluntad o se concentre el pensamiento en la idea de abrirla; la boca permanecerá inmóvil hasta que se abra por sí misma. Fue por este sentido de que todo acontecimiento sucede por sí mismo, por el que el poeta Ho Koji escribió:

*¡Milagroso poder y maravillosa actividad,
que saca agua y corta leña!*^[18]

Este estado de consciencia es en modo alguno una imposibilidad psicológica, incluso como un sentimiento más o menos continuo. A través del curso de sus vidas la mayoría de la gente siente de una forma más o menos continuada la rígida distinción entre el ego y su entorno. Liberarse de este sentimiento es como curarse de una enfermedad crónica, y es seguido por una sensación de ligereza y alivio comparable a ser liberado de un pesado molde de argamasa. Naturalmente, el inmediato estado de euforia y éxtasis desaparece en el curso del tiempo, pero la ausencia continuada de las rígidas fronteras del ego con el entorno sí permanece como un cambio significativo en la estructura de nuestra experiencia. No tiene consecuencia alguna el hecho de que el éxtasis desaparezca, puesto que también desaparece el ansia de éxtasis, que en sí existía anteriormente como una forma de compensación por la frustración crónica de vivir en un círculo vicioso.

Hasta cierto punto esa rígida distinción entre ego y entorno es equivalente a la que hay entre mente y cuerpo o entre los sistemas nerviosos voluntario e involuntario. Esta es probablemente la razón por la cual el Zen y el Yoga prestan tanta atención a la respiración (*anapanasmriti*), puesto que es en esta función orgánica en donde podemos observar con mayor facilidad esa identidad esencial que hay en las acciones voluntarias e involuntarias. No podemos evitar el respirar y sin embargo, parece que la respiración esté bajo nuestro control; nosotros respiramos y, somos respirados, ambas cosas. Porque la distinción entre lo voluntario y lo involuntario es solamente válida dentro de una perspectiva más bien limitada. Hablando estrictamente, yo deseo o decido de una forma involuntaria. Si no fuera así sería necesario para mí el decidir, y decidir en un infinito retroceso. Ahora bien, los procesos involuntarios del cuerpo, tales como el latir del corazón, no parecen diferir mucho en sus principios de las acciones involuntarias que suceden fuera del cuerpo. En ambos casos son, por así decir, ambientales. Por tanto, cuando la distinción entre lo voluntario y lo involuntario es transcendida dentro del cuerpo, también es transcendida con respecto a los acontecimientos que suceden fuera de él.

Cuando por ende es comprendido que estas distinciones entre el entorno del ego y lo voluntario-involuntario son convencionales y válidas solo dentro de perspectivas limitadas y más bien arbitrarias, entramos en un tipo de experiencia para la cual expresiones tales como «Uno es todo y todo es Uno» son bastante apropiadas. Porque esta Unidad representa la desaparición de una barrera fija, de un rígido dualismo. Pero no es en sentido alguno el concepto de «una sola cosa», un tipo de panteísmo o monismo que declara que todas las llamadas cosas son las formas ilusorias de una «materia» homogénea. La experiencia de la liberación del dualismo debe entenderse como la súbita desaparición de montañas y árboles, cosas y gentes, para transformarse en una masa de luz o transparente vacío.

Por esta razón los maestros de Zen han reconocido siempre que «el Uno» es un término engañoso. En palabras de *Shinjinmei*:

*Hay dos porque hay Uno.
Pero no os aferréis a este Uno...
En el mundo del dharma de la verdadera Semejanza
no existe «otro» ni «mismo».*

Si queréis una respuesta inmediata solo podemos decir «No dos».

De aquí la pregunta del Koan: «Cuando los muchos son reducidos el Uno, ¿a qué se reduce el Uno?» A esto Joshu replicó: «Cuando estaba en la provincia de Seishu, me hice una vestidura de lino que pesaba siete libras»^[19]. Por extraño que pueda sonar es en este tipo de lenguaje en el que el Zen se expresa más puramente, porque es un lenguaje directo sin el menor elemento de simbolismo ni conceptualismo. Después de todo es muy fácil olvidar que lo que se está expresando aquí no es una idea ni una opinión, sino una experiencia. Porque el Zen no habla desde el punto de vista externo de alguien que está fuera de la vida y hace comentarios sobre ella. Este es un punto de vista desde el cual la comprensión efectiva es imposible, tan imposible como mover un músculo con tan solo una orden verbal, por muy fuerte que esta sea.

Hay, por supuesto, un valor permanente en el hecho de poder, por así decir, apartarse de la vida y reflexionar sobre ella, en ser conscientes de la propia existencia, en tener lo que los ingenieros de comunicaciones llamarían un sistema de realimentación psicológica que nos permita criticar y corregir nuestras acciones. Pero los sistemas de este tipo tienen sus limitaciones, y una consideración momentánea de la analogía de la realimentación nos mostrará en dónde yacen. Probablemente el ejemplo más familiar de realimentación es el termostato eléctrico que regula la climatización de la casa. Fijando los límites máximo y mínimo de la temperatura deseada, el termómetro queda conectado de forma que pone en funcionamiento la calefacción cuando se alcanza el límite mínimo establecido y la para cuando se alcanza el límite máximo. La temperatura es así mantenida dentro de esos límites deseados. Podríamos decir entonces que el termostato es una especie de órgano sensitivo de que dispone el climatizador al objeto de regular su propia conducta, y esto es una analogía muy rudimentaria de la autoconsciencia humana.

Pero después de haber construido un climatizador autorregulable, ¿por qué no construir un termostato autorregulable? Todos estamos suficientemente familiarizados con las extravagancias de los termostatos, y podría ser una buena idea instalar un segundo sistema de realimentación que controlase al primero. Pero entonces surge el problema de hasta dónde podemos llegar. Siguiendo, lógicamente, hasta sus límites ello implicaría una serie indefinida de sistemas de realimentación que controlasen sistemas de realimentación que más allá de cierto límite paralizarían todo el sistema, con la confusión de la complejidad. Si se ha de evitar esto debe de haber en alguna parte al final de la línea un termostato o una fuente de inteligencia cuya información y autoridad sea fiable y no esté sujeta a más chequeos ni controles. Para esto la única alternativa es una infinita serie de controles, lo cual es absurdo,

puesto que se alcanzaría un punto en que la información jamás llegaría al calentador. Podría parecer que otra alternativa sería establecer un sistema circular de control, como cuando el ciudadano es controlado por el policía, que a su vez es controlado por el comandante, a quien controla el ciudadano. Pero esto solo funciona cuando cada miembro confía en el que tiene por encima o, por decirlo de otra forma, cuando el sistema confía en sí mismo y no está saliendo constantemente de sí mismo para controlarse en sí mismo.

Estos nos ofrece una estampa bastante viva del predicamento humano. Nuestra vida consiste esencialmente en acción, pero tenemos el poder de controlar la acción por la reflexión. Demasiada reflexión inhibe y paraliza la acción, pero porque la acción es una cuestión de vida o muerte, ¿cuánta reflexión es necesaria? En cuanto que el Zen describe su actitud fundamental como *mushin* o *munen*^[20] — No mente o No pensamiento — parece significar acción contra reflexión.

Al caminar, simplemente camina.

Al sentarte, simplemente siéntate.

Sobre todo, no vaciles^[21].

La respuesta de Joshu a la pregunta de los muchos y el Uno era simplemente una acción irreflexiva, unas palabras impremeditadas. «Cuando estaba en la provincia de Seishu me hice una vestidura de lino que pesaba siete libras.»

Pero la reflexión es también acción, y el Zen bien podría igualmente decir: «En la acción, simplemente actúa. En el pensamiento, simplemente piensa. Sobre todo no vaciles.» En otras palabras, si vas a reflexionar o a pensar, simplemente reflexiona, pero no reflexiones sobre el reflexionar. Y el Zen también estaría de acuerdo en que la reflexión sobre el reflexionar es acción, siempre y cuando al hacerlo hagamos solo eso y no tengamos la tendencia de perdernos en la deriva de la infinita regresión que supone el intentar permanecer por encima o por fuera del nivel en el que estamos actuando. En resumen, Zen es también una liberación del dualismo de pensamiento versus acción porque piensa como actúa, con la misma calidad de abandono, compromiso y fe. Así la actitud de *mushin* es, bajo ningún concepto, una exclusión anti intelectual del pensamiento. Es una acción a un nivel cualquiera, física o psíquica, sin intentar *al mismo tiempo* observar y controlar la acción desde fuera, es decir, sin vacilación ni ansiedad.

No es necesario decir que lo que es cierto de la relación del pensamiento a la acción es también cierto del sentimiento, puesto que nuestros sentimientos o emociones acerca de la vida son un tipo de realimentación como nuestros pensamientos. El sentimiento bloquea la acción, y se bloquea a sí mismo como una forma de acción cuando es atrapado en esta misma tendencia a observarse o a sentirse indefinidamente, como, por ejemplo, cuando en medio de una gran juerga me examino para ver si estoy sacándole el mejor partido a la situación. No contento con

catar el alimento, quiero catar también mi lengua. No contento con sentirme feliz, quiero sentir también que me siento feliz, de forma que esté seguro de que no me estoy perdiendo nada.

Obviamente no existe una forma establecida de determinar el punto exacto en el que la reflexión debe transformarse en acción en una situación dada, de saber que le hemos dado al asunto el suficiente pensamiento como para actuar sin temor. Esto es siempre un problema de sensibilidad, de buen juicio. Pero queda el hecho de que por muy hábil y cuidadosa que haya sido nuestra reflexión, sus conclusiones siempre carecerán de certidumbre. En última instancia cada acción es un salto a la oscuridad. La única certeza real que tenemos acerca del futuro es esa incógnita llamada muerte, que se mantiene como el símbolo final del hecho de que nuestras vidas no están bajo nuestro control. En otras palabras, la vida humana está fundada sobre un elemento irreducible de lo desconocido y de lo incontrolado, es el *sbunya* budista o Vacío y que es el *mushin* o no-mente del Zen. Pero el Zen es, más allá de esto, la comprensión de que no es que yo me base simplemente en lo desconocido o flote sobre ello en la frágil barca de mi cuerpo: es la realización de que lo desconocido soy yo mismo.

Desde el punto de la visión mi propia cabeza es un espacio vacío en medio de la experiencia, un invisible e inconcebible vacío que no es ni luz ni oscuridad. Este mismo vacío se encuentra detrás de cada uno de nuestros sentidos, tanto los externos o exteroceptivos como los internos o propioceptivos. Se encuentra también más allá del principio de mi vida, más allá de la concepción en el vientre de mi madre. Está en el centro de la mismísima estructura nuclear de mi organismo. Porque cuando el científico intenta penetrar en esta estructura se encuentra con que el mismo hecho de mirar dentro de ella oscurece lo que quiere ver. Este es un ejemplo de lo que hemos encontrado desde el principio, que al tratar de buscarse a sí mismos los ojos se desvían de sí mismos. Esta es la razón por la cual es usual comenzar el entrenamiento en el Zen con una de las muchas formas del Koan: «¿Quién eres tú?» «Antes de que tuvieras un padre y una madre, ¿qué era tu naturaleza original?» «¿Quién es este que va por ahí acarreando este cadáver?»

Por esos medios se descubre que nuestras «auto-naturaleza» (*svabhava*) es «no-naturaleza», que nuestra mente real (*shin*) es «no-mente» (*mushin*) Hasta tal punto que entonces nos damos cuenta de que lo desconocido y lo inconcebible es nuestra propia naturaleza original; ya no se alza contra nosotros como un objeto amenazante. Ya no es tanto el abismo en el cual estamos cayendo, es más bien aquello por lo que actuamos y vivimos, pensamos y sentimos.

De nuevo podemos ver la propiedad del lenguaje de unidad. Ya no hay dualismo establecido entre la reflexión y la acción. Y lo que es aún más importante, ya no hay separación entre el conocedor por una parte y lo desconocido por la otra. Reflexión es acción, y el conocedor es lo desconocido. Podemos ver también la propiedad de observaciones tales como la de Eka: «Actúa como deseas; sigue adelante como lo sientas sin segundos pensamientos. Este es el Camino incomparable.» Porque los

dichos de esta clase no pretenden disuadir de la reflexión, del juicio o del comedimiento. Su aplicación no es superficial, sino profunda. Es decir, en un análisis final tenemos que actuar y pensar, vivir y morir, de una fuente que está más allá de todo nuestro conocimiento y control. Si esto en sí es un infortunio, no hay nada que pueda cambiarlo por mucho celo y vacilación, introspección y búsqueda de nuestros motivos que en ello pongamos. Por tanto, estamos obligados a elegir entre una estremecedora paralización o un salto a la acción sin pensar en las consecuencias finales. Hablando superficialmente, nuestras acciones pueden resultar correctas o equivocadas con respecto a normas relativas. Pero nuestras decisiones sobre este nivel superficial deben de estar apoyadas en la convicción subyacente de que hagamos lo que hagamos y nos pase lo que nos pase al final es lo que tiene que ser, que es una forma de decir que debemos entrar en ello sin un segundo pensamiento, sin el *arrière pensée* de pesadumbre, vacilación, duda o autorrecriminación. Así, cuando Ummon fue preguntado: «¿Quién es el Tao?», simplemente contestó: «¡Sigue caminando!»^[22]. Pero actuar sin un segundo pensamiento no es en modo alguno un mero precepto a imitar. Es realmente imposible realizar este tipo de acción hasta que no hemos comprendido que no tenemos otra alternativa, hasta que no nos damos cuenta de que nosotros mismos somos lo desconocido y lo incontrolado.

En cuanto al Zen, esta realización es poco más que el primer paso de un largo camino de estudio. Porque debe recordarse que el Zen es una forma del Budismo Mahayana, en el que el Nirvana — liberación del círculo vicioso del Samsara — no es la meta final, sino el principio de la vida del Bodhisattva. El objetivo del Bodhisattva es *upaya* o *hoben*, la aplicación de esta realización a todos los aspectos de la vida para la «liberación de todos los seres sensitivos», no solo humanos y animales, sino también los árboles, la hierba y el mismo polvo.

En el Zen, sin embargo, la idea del Samsara como un proceso de reencarnación cíclica no se toma literalmente, y así el Zen da su propio significado especial a la labor del Bodhisattva; la liberación de todos los seres de la interminable carrera de nacimiento y muerte. En un sentido, este ciclo sucede momento a momento, y se puede decir que la persona está involucrada en el Samsara hasta tal punto que se identifica a sí misma como un ego que continúa a través del tiempo. Se puede decir entonces que la verdadera disciplina del Zen comienza solo en el punto en que el individuo ha dejado completamente de *intentar* mejorarse a sí mismo. Esto parece una contradicción porque estamos casi completamente desacostumbrados a la idea de esfuerzo sin esfuerzo, de tensión sin conflicto y de concentración sin agotamiento.

Pero es fundamento del Zen que una persona que trata de superarse, que intenta convertirse en algo más de lo que es, es incapaz de llevar a cabo una acción creativa. En palabras de Rinzai: «Si buscas deliberadamente llegar a ser un Buda, tu Buda es simplemente Samsara». O también: «Si una persona Busca el Tao, esa persona pierde el Tao.»^[23]. La razón es que el intento de mejorar o de actuar sobre uno mismo es una forma de encerrar la acción en un círculo vicioso, es como tratar de morderse los

propios dientes. La liberación de este ridículo predicamento se obtiene en el mismo comienzo de la disciplina Zen al comprender que «tú tal como eres, eres un Buda». Porque el objeto del Zen no es tanto así el llegar a ser un Buda como el actuar como un Buda. Por tanto no puede haber progreso alguno en la vida de un Bodhisattva mientras exista la más mínima ansiedad o esfuerzo por llegar a ser más de lo que uno es. De forma similar una persona que intente concentrarse en una cierta tarea con un resultado en la mente, olvidará la tarea pensando en el resultado.

La inaplicabilidad de la autosuperación se expresa en dos poemas del *Zenrin Kushu*:

*Cosa grande es el cuerpo grande el Buda;
Cosa pequeña es el cuerpo pequeño del Buda.*

*En el paisaje de la primavera no hay medida
que tenga mérito o valor.
Las florecientes ramas son naturalmente cortas y largas.*

O en el siguiente de Goso:

*Si buscas al Buda, no verás al Buda;
Si buscas al Patriarca, no verás al Patriarca.
El melón dulce es dulce hasta el tallo;
La calabaza amarga es amarga hasta las raíces^[24].*

Algunos Budas son pequeños y otros son grandes; algunos estudiantes son principiantes y otros están muy avanzados, pero cada uno está «bien» exactamente como está. Porque si intenta mejorarse cae en el círculo vicioso del egoísmo. Tal vez resulte difícil para la mente occidental el apreciar que el hombre se desarrolla más por crecimiento que por autosuperación, y que ni el cuerpo ni la mente pueden crecer forzados. De la misma forma que la semilla se convierte en árbol, el pequeño Buda llega a ser el gran Buda. No es una cuestión de superación, porque un árbol no es una semilla que se ha superado, e incluso es perfectamente acorde con la naturaleza o Tao que muchas semillas nunca se conviertan en árboles. Las semillas a las plantas llevan, y las plantas a las semillas. No es una cuestión de mayor o menor, mejor o peor, porque el proceso se cumple en cada momento de su actividad.

Una filosofía de no esfuerzo o *mui*^[25] siempre levanta el problema del incentivo, porque si la gente está bien tal como está, y son Budas, ¿no destruye esta autoaceptación el impulso creativo? La respuesta es que no existe nada realmente creativo en las acciones que emanan de los incentivos, porque aquellas son más reacciones condicionadas que acciones creativas o libres. La verdadera creación es siempre sin un fin determinado, sin un motivo ulterior, que es por lo que se dice que el verdadero artista copia a la naturaleza en su manera de funcionar y comprende el significado real del «arte por el arte». Como Kojisei escribió en su *Saikontan*:

«Si su verdadera naturaleza tiene la fuerza creativa de la Naturaleza en sí misma, dondequiera que vayas, verás (todas las cosas como) peces saltando y gansos volando.»

2

JUEGO Y SUPERVIVENCIA

¿Están necesariamente en contradicción?

Vivir, me parece a mí, es un proceso espontáneo. El término chino para naturaleza es «tzu-jan», cuya traducción es eso que es así por sí mismo, eso que sucede. Es muy curioso que por causa de nuestra gramática, que usamos en todas las lenguas europeas normales, no podamos imaginar un proceso que suceda por sí mismo. Cada verbo debe tener un nombre como sujeto, un director, y pensamos que nada está en orden a menos que alguien lo ordene, a menos que alguien esté al cargo; así la idea de un proceso que sucede en sí mismo y por sí mismo es asustante porque parece que no haya autoridad. En los Estados Unidos tenemos un serio conflicto social y político porque pensamos que deberíamos vivir en una república cuando la inmensa mayoría de los ciudadanos creen que el universo es una monarquía: No se puede ser un ciudadano leal de los Estados Unidos a menos que se crea que una república es la mejor forma de gobierno, y sin embargo siempre estamos buscando un monarca, alguien diferente a quien cargarle la responsabilidad. Nosotros no vamos a tomarla y siempre nos estamos quejando de que el punto en que nos encontramos es el resultado de nuestro pasado: «Mi padre y mi madre eran unos neuróticos, y por tanto me hicieron neurótico a mí también. Y sus padres y madres eran unos neuróticos, y les hicieron neuróticos a ellos»... y así llegamos hasta Adán y Eva. Y ya recordáis lo que pasó en el Jardín del Edén: Dios puso una trampa. Dijo que había un árbol específico, cuya fruta no debía comerse. Si Él realmente no hubiera querido que Adán y Eva comieran de esa fruta, no hubiera dicho nada. Pero al atraer la atención sobre ella, era obvio que la iban a probar.

Así que cuando Dios vio a Adán con cara de culpable, le dijo: «Adán, ¿has comido de la fruta del árbol, cuando te dije que no debías hacerlo?», y Adán contestó: «La mujer que me diste me tentó y comí.» Entonces Dios miró muy severamente a Eva y dijo: «Eva, ¿has comido de la fruta del árbol, cuando te dije que no debías hacerlo?», y Eva contestó: «La serpiente me engañó», es decir, a pasarle la carga a otro. Así que Dios miró a la serpiente, y esto no está escrito en la Biblia, pero se guiñaron el ojo el uno al otro. Habían planeado mucho antes que el universo no iba a ser un mero arreglo de obediencia en el que Yo — Dios — digo que tenéis que hacer esto, y ellos lo harían automáticamente. Eso no sería divertido porque no había sorpresas. Y está en la teología hebrea que Dios en la creación puso en el corazón de Adán una cosa que se llama el *Yetzer Ha-ra*, que quiere decir «el espíritu descarriado». Es como cuando al hacer un guiso queremos añadir un punto de sal, no deseamos que quede muy salado, es simplemente un toque. Así Dios, al crear a Adán,

puso simplemente un toque de maldad con él, de forma que pasase algo sorprendente y diferente que el mismo Dios no pudiera pronosticar. Y esto es muy importante. De lo que estoy hablando es de nuestro sentido de identidad, nuestro sentido de alienación y de las complicaciones en las que nos metemos al considerar nuestra supervivencia como un deber.

Si te imaginas a ti mismo en la posición de ser Dios, en el sentido popular de Dios, el Padre Todopoderoso, quiere decir que eres un cerdo chauvinista, y que estás al cargo de todo. Conoces todo el pasado, conoces todo el futuro, controlas completamente el cosmos, tienes absoluto poder y te aburres a morir. Así que te dices a ti mismo: «¡Se acabó!, quiero una sorpresa.» Y ahí estás. Lo único que debes hacer es no admitirlo. El distintivo de la locura es saber que tú eres Dios; y esto es un absoluto tabú, especialmente en la religión cristiana.

Jesús fue crucificado por saberlo y los cristianos dijeron: «De acuerdo, de acuerdo, Jesús era Dios, pero parémoslo justamente ahí. Nadie más.» Sin embargo, el Evangelio es una revelación a todos nosotros de algo que los hindúes han sabido desde hace mucho tiempo, «tat tvam asi», tú lo eres. Si Jesús hubiera vivido en la India, le hubieran felicitado por descubrirlo en vez de crucificarlo. Ha habido mucha gente en la India que sabía que era Dios disfrazado. Sri Ramakrishna, Sri Ramana, Krishna y el Buda, todos lo descubrieron, porque no es una declaración exclusiva de que yo solamente soy eso, sino de que todos lo sois, y cuando miro a vuestros ojos veo al universo mirándome a mí.

Así que nos encontramos en una situación en la que es tabú saber que somos Dios, y no debemos admitir que sabemos quién somos, para tener la emoción viva, la especie de efecto autoembriagador de sentirse perdido, extraño, solitario y no perteneciente a nada. En el lenguaje popular decimos que venimos *a* este mundo, pero no hacemos nada de eso. «Salimos *de* este mundo.» De la misma forma que la fruta sale de un árbol, el huevo de la gallina y el niño del vientre, somos sintomáticos del universo. Y suceden cosas fascinantes. Porque hay tantos de nosotros, el universo tiene muchas caras; así su punto de vista sobre sí mismo no puede ser perjudicado. Aquí estamos, y queremos averiguar qué es lo que está pasando. Miramos a través de telescopios para descubrir las cosas más alejadas y con microscopios para descubrir las más íntimas, y cuanto más sofisticados se vuelven nuestros instrumentos, más se escapa el mundo de nosotros. Conforme nuestros telescopios van siendo más poderosos, el universo se va expandiendo más. Somos nosotros huyendo de nosotros mismos.

Ya sabéis, hace algunos años pensamos que lo habíamos conseguido. Habíamos encontrado una cosa llamada átomo y eso era todo. Pero entonces, ¡zas!, apareció el electrón. Y después, ¡pum!, resulta que había un protón. Y cuando ya habíamos pasado por todos ellos, aparecieron toda clase de cosas: menoses, antipartículas, y cada vez se fue complicando más. Somos un sistema de autoobservación que es como una serpiente, la *ouroboros*, que muerde su propia cola y se esfuerza por tragarse a sí

misma para averiguar qué es. Y esto es como la pregunta «¿Quién soy yo?» Estamos diciendo: «Me gustaría verme, pero mira a tu propia cabeza. ¿Puedes verla? No está negro detrás de los ojos, y ni siquiera hay un espacio en blanco, simplemente es que no hay sitio alguno. Y ahí está el enredo.» La mayoría de nosotros asume como una cuestión de sentido común que el espacio es nada, que no es importante y que no tiene energía alguna. Pero de hecho, el espacio es la base de la existencia. ¿Cómo podríamos tener estrellas sin espacio? Las estrellas brillan dentro del espacio, y algo sale de la nada de la misma forma en que cuando escuchas de una forma imparcial, oyes todos los sonidos saliendo del silencio. Es curioso. El silencio es el origen del sonido al igual que el espacio es el origen de las estrellas y la, mujer es el origen del hombre. Si escuchas y prestas mucha atención a lo que es, descubrirás que no hay pasado, ni futuro ni nadie que escucha. No puedes escucharte a ti mismo escuchando. Vives en el eterno ahora y *tú eres eso*. Es en verdad extremadamente simple, y así es como es.

Ahora bien, he comenzado diciendo que la supervivencia, el continuar viviendo, es un proceso espontáneo, y el amor es en gran medida lo mismo. El problema es que cuando somos niños, nuestros mayores y superiores nos dijeron que era nuestro deber amarles. Dios dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con toda tu fuerza, y amarás a tu prójimo como a ti mismo.» Y de la misma forma nuestra madre nos decía: «Debes evacuar el vientre después de desayunar». «Intenta dormir», «No pongas esa cara», «No hagas pucheros», «Oh, te estás poniendo colorado», «¡Cálmate!» y «¡Presta atención!». Y todo esto son órdenes, cuya regla básica es la siguiente: se te exige hacer aquello que solo es aceptable si lo haces voluntariamente. Esa es la fórmula. Tú «debes» amarme. Es una doble atadura y todo el mundo está completamente confundido por ello. El marido pregunta a la esposa: «Cariño, ¿de verdad me amas?», y ella responde: «Bueno, estoy haciendo todo lo posible amarte.» Pero nadie quiere esa respuesta. La gente quiere oír: «Te amo tanto que podría comerte. No puedo evitar amarte, soy tu víctima sin remisión.» Así, nos encontramos bajo la obligatoriedad de seguir amando de igual forma que nos encontramos bajo la compulsión de seguir viviendo. Sentimos que *debemos continuar*, que es nuestra obligación. Estamos cansados de vivir asustados de morir, pero *debemos continuar*. ¿Por qué? Bien, tú dices: «Tengo hijos, tengo gente que depende de mí, y tengo que continuar trabajando para mantenerlos.» Pero todo lo que se consigue con esto es enseñarles la misma actitud, que les hará continuar arrastrándose pesadamente para mantener a sus propios hijos que a su vez aprenderán lo mismo de ellos, abriéndose camino a base de esfuerzos.

Así pues, observo las actividades del mundo con un asombro total. Veo a toda la gente cubrir grandes distancias conduciendo automóviles como maníacos para llegar a una oficina en donde van a ganar dinero — ¿para qué? —, de manera que puedan seguir haciendo lo mismo, y lo peor es que muy pocos lo disfrutan. A la gente sensible le pagan por jugar, este es el arte de la vida. Pero la idea toda de luchar y

estrujar tu cerebro al objeto de continuar viviendo es completamente ridícula. Albert Camus, al principio de su libro *El Mito de Sísifo*, hizo esta muy sensible declaración: «La única cuestión realmente filosófica, es si suicidarse o no.» Piensa detenidamente en ello. ¿Debes seguir adelante? Sería mucho más simple parar de una vez. No habría ningún problema, nadie alrededor para lamentarse de que todo acabase. Eso es como qué, ¿como muerte? Dormirse y no despertar jamás. ¡Oh, qué terrible estar por siempre en la oscuridad! Pero no sería así. No sería como estar enterrado vivo para siempre. Sería como si no hubieras existido nunca. No solamente que tú no hubieras existido, sino que nada hubiera existido jamás; y así era exactamente antes de que tú nacieras.

Al igual que tienes una cabeza invisible, tu última realidad, la base de tu ser es nada. Shunyata es el término budista para designar el vacío — que es el espacio, la consciencia, eso en lo que «vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser» — Dios, el Gran Vacío, Afortunadamente no hay forma de saber qué es esto, porque si lo pudiéramos saber, nos aburriríamos.

Hubo un gran filósofo holandés, llamado Van der Leeuw, que dijo: «El misterio de la vida no es un problema que hay que resolver, sino una realidad que hay que experimentar.» Afortunadamente, como veis, en medio de toda consciencia existe una cuestión perpetua, el perpetuo problema de que no sabemos lo que es. Y por ello la vida sigue siendo interesante.

Siempre estamos tratando de averiguarlo, pero la vida no nos permite encontrar la respuesta. La única forma de contestar a la pregunta «¿Qué es la realidad?» es por clasificación. Es ¿qué eres tú, o qué no eres tú? ¿Eres varón o eres hembra? ¿Eres republicano o demócrata? ¿Eres animal, vegetal, mineral, calderero, sastre, soldado, marinero, rico, pobre, pordiosero, ladrón...?

Todos estamos dentro de una clase, pero qué es lo que «es» fundamentalmente, no puede ser clasificado. Nadie sabe lo que es y realmente no se puede hacer la pregunta de manera significativa.

Hay muchas teorías filosóficas acerca de lo que es la realidad. Algunos dicen: «Bien, la realidad es material, ya sabéis, hay algo llamado *materia*.» Y los filósofos, como se pasan la vida dando conferencias en las universidades, siempre dan un golpe sobre la mesa y dicen: «Y ahora pregunto, ¿esta mesa es real o no?» Cuando el doctor Johnson oyó hablar de la teoría del obispo Berkeley que decía que todo era, de hecho, mental, mostró su desacuerdo dándole una patada a una piedra y diciendo: «No hay duda en que para cualquier persona de sentido común, esta piedra es realmente material y física.» Mientras que por otra parte, hay pensadores más sutiles que dicen: «No, no hay nada material, todo es una construcción mental. El mundo entero es un fenómeno de consciencia.» En los tiempos del obispo Berkeley no se sabía gran cosa sobre neurología. Pero ahora sabemos bastante más del tema y podemos manifestar lo mismo de una forma mucho más sofisticada: es la estructura del sistema nervioso lo que determina el mundo que vemos. En otras palabras, en un mundo sin ojos, el sol

no sería luz. En un mundo sin terminales nerviosas táctiles el fuego no sería caliente. En un mundo sin músculos las piedras no serían pesadas y en un mundo sin piel suave las rocas no serían ásperas. Como veis es todo relación. En la vieja pregunta: cuando un árbol cae en el bosque y no hay nadie escuchando, ¿hace o no hace ruido?, la respuesta es perfectamente simple. El sonido es la relación entre las vibraciones, que hay en el aire y los tímpanos. Si golpeo un tambor que no tenga parche, por muy fuerte que le dé, no se producirá sonido alguno. El aire puede seguir vibrando por siempre; si no hay tímpanos o sistema nervioso auditivo, no hay ruido. Nosotros, por virtud de nuestra estructura física, evocamos el mundo de las vibraciones, que de otra manera estaría vacío. Estamos creando el vacío, pero también estamos en el mundo. Nuestros cuerpos, nuestros sistemas nerviosos, son algo en el mundo externo. Entonces es la situación del huevo y la gallina, perfectamente fascinante. Desde un punto de vista neurológico muy estricto estamos evocando el mundo en el que vivimos y al mismo tiempo somos algo que el mundo está haciendo. Después de todo, el científico explicará que tú eres un zumbido de procesos y sustancias electrónicas, al igual que cualquier otra cosa. Es todo un jazz, y es absolutamente maravilloso porque es consciente de sí mismo a través de ti.

El todo de la existencia es una vibración, y todas las vibraciones tienen dos aspectos básicos. A uno le llamaremos *on* (encendido, conectado) y al otro *off* (apagado, desconectado)^[26].

Si estoy sentado al lado de una chica en el cine por la que me siento atraído, y pongo mi mano sobre su rodilla dejándola ahí, ella la notará al principio, pero si no muevo esa mano la muchacha dejará de notarla. Entonces, si en lugar de estar quieto empiezo a acariciar y a golpear suavemente su rodilla con mi mano, la sensación pasará por *on* y *off*, *on* y *off* y ella se dará cuenta que estoy interesado. Todo lo que nos sucede sigue el *on-off*, *on-off-on-off-on-off*. Tomemos la percepción de la luz. La vibración de la luz es tan rápida que la retina no registra el *off*, reteniendo la impresión del *on*, y así con nuestros ojos vemos las cosas relativamente estables. Pero si cerramos los ojos y escuchamos, oímos el *on* y el *off*, especialmente en los registros bajos del sonido. En los registros altos no se puede oír el *off*, solo se oye el *on*. Pero cuando te metes en el registro bajo oyes el *on* y el *off* de la vibración. Realmente todo lo que está existiendo físicamente es un latido, es electricidad positiva y negativa. Leed los primeros párrafos del artículo sobre electricidad en la decimocuarta edición de la *Enciclopedia Británica*. Se trata de un erudito artículo científico que contiene toda clase de fórmulas e información técnica, pero comienza con pura metafísica. «La electricidad — dice el autor — es un absoluto. No conocemos ninguna otra cosa que sea como ella. Es un básico...», y ya sabéis que está hablando de teología pura.

Así que esto es lo que hay, todo pasa por *on* y *off*, macho y hembra, yang y yin, ahora lo ves y ahora no lo ves. Con nuestros antecedentes del siglo diecinueve se nos ha educado para pensar que esta energía que sigue el *on-offes* inherentemente

estúpida, que es una cosa mecánica, Freud la llamó libido. Otros le han llamado energía ciega, y por tanto nosotros sentimos que como seres humanos somos una casualidad. Un millón de monos sentados sobre un millón de máquinas de escribir durante un millón de años, estadísticamente podrían escribir la Biblia. Por supuesto, en cuanto llegasen al final volverían a disolverse en el disparate. Así que se nos ha educado para sentir que somos casualidades, simples accidentes. Eso es enajenación y este es el gran problema. Para mí es completamente obvio que no somos accidentes. Algunos dicen que no somos más que una pequeña bacteria que se arrastra por una bola de piedra que da vueltas alrededor de una estrella insignificante en el borde externo de una galaxia menor. ¿Por qué la gente dice cosas así? Porque quieren decir: «Soy un individuo muy realista. Soy duro. Miro los hechos y veo realidades. La idea, de que hay alguien allá arriba que se preocupa es para viejecitas y cobardes, y pienso que este universo es un montón de basura.» Este es el mensaje que recibes de ciertas gentes. Examinad siempre la filosofía de una persona para saber qué es lo que está diciendo de sí misma. Tu filosofía es tu papel, la obra que tú pones en escena. Yo admito que mi filosofía es la obra que yo pongo en escena. Es mi gran representación. Y si voy a representar un acto, va a ser el más grande que pueda imaginar, y digo: «Al infierno con todo este disparate, yo sé muy bien que soy impermanente, que soy una manifestación no permanente de aquello para lo que no hay comparación.» Y así es exactamente como quiero que sea. Soy una manifestación de la raíz y causa del universo, que es lo que todos los hombres llaman Dios, Atmán o Brahmán. Y pienso que es divertido saber eso. Es divertido saberlo no meramente como una teoría, sino como una percepción positiva que se puede sentir realmente. Por tanto, mi función es, si es de alguna forma posible, compartir este sentimiento de manera que no volváis a necesitar psicoterapia, ni gurús, ni religión, ¡simplemente despegad!

Existe, sin embargo, algo que se llama religión por placer. Mi iglesia favorita es la Catedral Ortodoxa Rusa de París, donde realmente la gente se divierte. Hay oro, incienso, iconos, muchas velas y magnífica música. Los sacerdotes salen del santuario secreto que hay detrás de las puertas reales que dividen la iglesia principal del sanctum interno, y cuando las puertas se abren, alguien que parece Dios el Padre, sale vestido con bellas ropas, y así continúa y sigue, y cuando te aburres te vas a una tienda que hay al otro lado de la calle donde venden vodka, caviar y piroshki. Todo el mundo se lo pasa, bien y después vuelven de nuevo a la iglesia. Esa clase de religión es como bailar, es una expresión de alegría y no es Dios diciéndote lo que debes hacer porque todo es en antiguo eslavo eclesiástico que de todas formas nadie entiende. Lo único que hace todo el mundo es grandes y gloriosos ruidos. Esto es música y la música es esencialmente juego.

Y aquí yace uno de los grandes misterios del ser, porque la música, como la supervivencia, no tiene realmente que suceder. La música es una fantasía sin un destino premeditado. El baile es lo mismo pero en movimiento. Cuando bailamos no vamos a ninguna parte, sino que nos movemos en círculos, y así la música y la danza

son modelos del universo. El universo, de acuerdo con las teorías hindúes, se mueve en círculos, pero de acuerdo con San Agustín de Hipona, el universo se mueve en una línea recta. Y esta fue una de las más desastrosas ideas que cayeron sobre la civilización occidental. Si el tiempo fuera cíclico Jesucristo tendría que ser crucificado una y otra vez. Por tanto, ese perfecto sacrificio sería insuficiente y no habría oblación ni satisfacción para los pecados del mundo entero. El tiempo tenía que ser en línea recta, desde la creación hasta la consumación y el juicio final. En este punto todo el mundo dejó de pensar porque no sabían qué iban a hacer cuando fueran al cielo. Sabían lo que iban a hacer en el infierno. Si miráis el cuadro de Jan van Eyck del *Juicio Final* en el Museo Metropolitano se ve claramente que la gente en el cielo está completamente aburrida. Sentados por allí parecen el gato que se ha comido al canario. Filas y filas de ellos con el Señor Dios Todopoderoso presidiendo la reunión y con cara de estar igualmente aburrido. Pero en la parte inferior hay una calavera que extiende unas espectrales alas de murciélago, y cuerpos desnudos retorciéndose mordidos por serpientes y comiéndose los unos a los otros. Más abajo están celebrando una orgía. Pero toda esa majestuosa gente que está en el cielo se halla destinada a permanecer en el templo para siempre, en un obvio estado de aburrimiento total.

Observad también las ilustraciones de Gustavo Doré en la *Divina Comedia*, de Dante. Era un magnífico grabador, y mientras trata el tema del *Infierno* se muestra lleno de imaginación, pero cuando llega al *Paraíso*, le faltan las ideas. Lo único que dibuja son damas vestidas con blancas camisolas moviéndose en círculos por el espacio, o sea, ángeles. ¡No tiene ni idea de lo que es un ángel! Es ciertamente raro encontrar una persona que tenga una idea formada del paraíso. Y es extraordinario que nuestra idea del paraíso sea tan débil. Los alumnos deberían de escribir sobre su idea del cielo para permitir funcionar a la imaginación. Lo cierto es que nunca hemos admitido que nuestra idea del cielo es la de un estado de completa inutilidad. ¿Cuál es el propósito de nuestra idea de Dios? Obviamente ninguno. Como los niños cuando son pequeños y sabios emiten sonidos como gú-gú, estos sonidos no tienen significado ni propósito, y el universo es justamente así.

Entonces la realidad es que la vida, como la música, existe por sí misma y para sí misma. Vivimos en un eterno ahora, y cuando escuchamos música, no estamos escuchando el pasado ni el futuro, estamos escuchando un expandido presente. Al igual que tenemos un campo de visión que es una anchura y una distancia dilatadas, así el momento presente no es una rayita como marca el reloj. El momento presente es un campo de experiencia que es mucho más que un instante. Oír una melodía es oír el intervalo entre los tonos. Dentro del momento presente podemos oír intervalos y ver ritmos. Así, en cada momento podemos sentir que hay una secuencia sucediéndose.

O sea, que cuando hable del eterno ahora, por favor no lo confundáis con la porción de un segundo; no es este tipo de cosa. El eterno ahora es espacioso, cómodo,

rico, ¡pero también frívolo! Esto me recuerda un cuento maravilloso sobre un clérigo de la Iglesia de Cristo, en Oxford, que tenía una pésima caligrafía. Era tan mala que ni él mismo podía leerla. Un día cuando estaba diciendo su sermón, al consultar sus notas, dijo: «Vosotros, que sois frívolos por supuesto..., vosotros que sois frívolos, por supuesto... ¡Ah! ¡Vosotros que sois seguidores de Cristo!»^[27]. ¿Pero veis la conexión? «Considerad cómo crecen los lirios del campo. No se afanan, ni hilan, y ni Salomón con toda su gloria se vistió jamás así.» Esto es decir: no estéis ansiosos por el mañana, vosotros que sois frívolos, por supuesto.

Hay una divina frivolidad. El amor que mueve al sol y a las demás estrellas es frivolidad. Por tanto, podemos describir a Dios como sincero, pero no serio. Si una bella y atractiva mujer me dice: «Te amo», y yo le respondo: «¿Lo dices seriamente, o estás simplemente jugando conmigo?», es una respuesta equivocada porque yo espero que ella no se ponga seria y sí «juegue» conmigo. Por tanto, yo debería responderle: «¿Eres sincera o estás simplemente jugando con mis sentimientos?» Como veis, el juego es la verdadera esencia de la energía del universo. Es música. Y en mi opinión la buena música, como la que escribió Bach, no tiene significado. La música clásica, sea occidental, hindú o china, no tiene más significado que su propio sonido. Y las palabras, como la música, tampoco tienen significado. Las palabras son sonidos que representan e indican cosas aparte de ellas mismas. Los billetes de banco representan riqueza, los mapas representan territorios y las palabras siempre representan algo diferente. El sonido «agua» no puede mojar te. No se puede beber el sonido «agua». Por tanto, la palabra es simbólica y se refiere a algo que no es ella misma. Y aun así decimos que las palabras tienen significado. Y la gente se halla completamente ofuscada porque desea que la vida tenga un significado como si fueran palabras. Goethe se quedó colgado en esto: «... todo lo que es mortal no es más que un símbolo.» ¿De qué? ¿Qué quieres decir? Como si uno tuviera que tener un significado, como si uno fuera una mera palabra, algo que pudiera ser buscado en un diccionario. Tú *eres* significado. Este es el punto: el significado, el valor de la vida está exactamente aquí y ahora. No vamos a ninguna parte. Mira en la calle y verás a las gentes pensando que van a algún sitio de manera frenética; que tienen asuntos importantes. Con una mirada de lejanía en sus ojos y las narices sobresaliendo al frente. *Van a algún sitio, tienen un propósito, tienen algo que conseguir.* Aquí y ahora, sentados dondequiera que estéis, ¿os dais cuenta que no tenéis que ir a ninguna parte? Exactamente donde vosotros estáis es donde ello está. Por ello los hindúes llaman al verdadero ser de todos nosotros atman, (*at* = en, *man* = hombre. En el hombre), es decir, el hombre en donde ello está. Hay un ser en la iconografía budista llamado Avalokiteshvara, conocido como Kannon en japonés, Kuan-jin en chino y Chenrezig en tibetano. Estos nombres son usualmente interpretados la «divinidad de la misericordia» y se representan con mil brazos que se extienden hacia afuera; es el milípedo cósmico, la personificación de la compasión Sin embargo, no es una divinidad completamente femenina. Es hermafrodita, masculino/femenina.

Avalokiteshvara quiere decir el que vigila, el que está siempre atento. El nombre es fácil de recordar porque como dicen los cockneys londinenses, «'ave a lood it», «Take a look at it» (echa una mirada)^[28].

El lenguaje es sencillamente fascinante. Podríamos meternos a hacer todo tipo de juegos con las palabras, su música y su magia. Pero de momento, este es el punto a donde quería llegar: una cultura que excluye la frivolidad ha perdido la gracia de la vida, y aquí es donde los comunistas chinos se hallan en peligro externo. Es el pueblo más diligente, el más dedicado a la supervivencia. El estilo de vida en China y también en Rusia es monótono porque piensan que el propósito de la vida es seguir viviendo, y mientras lo logres no importa lo horrible que sea tu comida ni lo gris que sea tu ropa, porque tú vas tirando. Y esto es equivocar completamente el punto. El error se halla en la página 224 del *Libro Rojo* de Mao Tse-Tung, donde este dice: «Es esencial fruncir el ceño para pensar», como si tensar los músculos de la frente tuviera algo que ver con el pensamiento claro. Eso está en contra de Lao-tzu, el más grande de todos los filósofos chinos, el Padre de la Sabiduría. La mente o el sistema nervioso no pueden volverse eficientes por medio de la tensión; esto es básico en el funcionamiento psicofísico. Mao Tse-Tung comete este error y ello indica una excesiva seriedad. Y llegamos a lo siguiente: vivir no vale la pena si ello es por obligación. Uno puede preguntarse, por qué no hay más gente que se suicide. Podría decirse que la inmensa mayoría no lo hace, o porque les aterroriza y sienten que es absolutamente necesario seguir adelante, o sea, «mientras hay vida hay esperanza» (y esto es un lema terrible), o simplemente porque les divierte el baile. Aunque no seas muy rico y vivas de una forma bastante simple, no obstante, la compañía de otras personas, la vista del sol y las estrellas, el crujir de la hierba y el sonido del agua, le dan a tu vida su propia explicación. Como dice un poema Haiku: «La larga noche, el sonido del agua, dice lo que yo pienso.»

Aquí tenemos lo que estoy intentando describir como juego. En sánscrito juego se dice «lila». Lila es la raíz de la palabra inglesa *lilt* (Música o canción alegres), y el universo es llamado *Vishnu-lila*, el deporte o juego de Vishnu. Ahora cuando hablamos de juego^[29] también pensamos en el teatro. El teatro es un fenómeno muy curioso, porque está definido por un escenario y un arco proscenio, pero detrás de la escena hay un camerino en donde se visten los actores. Ellos saben quiénes son en realidad antes de asumir sus personajes. Personaje, persona, quiere decir una máscara a través de la cual pasa el sonido, *persona*, porque las máscaras nacieron en el teatro al aire libre del drama grecorromano. Los actores llevaban boquillas megafónicas de forma que el sonido pudiera ser proyectado por el aire, de igual forma que tu personalidad proyecta tu imagen de ti mismo, que no eres tú en absoluto, es tu máscara. Entonces, aparecen los actores y su estratagema consiste en convencer a la audiencia de que lo que está sucediendo sobre el escenario real. La audiencia sabe, en virtud del arco proscenio y la cerca que separa al escenario de los espectadores, que lo que está sucediendo en el escenario no es realmente cierto, pero los autores van a

actuar tan bien que harán que la gente llore, ría, grite y se siente en el borde de sus butacas con ansiedad. Ahora, imaginad esto llevado al extremo: los mejores actores con la audiencia más agradecida, ¡y aquí estamos nosotros! Como veis, es un juego. Pero nos lo tomamos en serio y por tanto, no podemos saberlo. Nos explotamos y nos matamos los unos a los otros, y somos mezquinos con los demás, pero no tenemos una verdadera razón, cualquiera que está fuera. Aun así podemos comprender y llegar a conocer el juego, saber que toda esta vida es una broma. A fin de cuentas, ¿qué es el «Jocker» (comodín), más que la carta traviesa de la baraja que sirve para todo? El Bufón, el Comodín, es el símbolo de Dios en el mazo de cartas. En los tiempos antiguos, los reyes siempre tenían un bufón en la corte, y ¿quién era el bufón sino alguien que estaba loco? Era un esquizofrénico que hacía observaciones impredecibles y todo el mundo se desternillaba de risa por sus comentarios fuera de contexto. En un sentido, los esquizofrénicos son gente liberada porque no les importa nada. Un niño esquizofrénico no se preocupa porque le pueda atropellar un coche; lo que sucede, sucede. Por eso los reyes tenían a estos esquizofrénicos, que eran gente divertida y que se sentaban al pie del trono para recordar al monarca que no debía tomarse a sí mismo en serio, como en *Ricardo III*:

*En la hueca corona.
Que rodea las mortales sienes de un rey,
tiene la Muerte su corte;
y en ella está sentado el humor.
Mofándose de su estado, y sonriendo ante su pompa;
Permitiéndole un respiro, un pequeño acto
para reinar, ser temido, e impresionar con su aspecto;
llenándolo de ego y vano orgullo
como si su carne, que amuralla nuestra vida
fuera bronce inexpugnable; y siguiendo la broma
llega al final, y con una pequeña espina
atraviesa el muro de su castillo, y ¡adiós, rey!*^[30]

Shakespeare está lleno de este tipo de sabiduría; *La Tempestad* habla de la trascendencia de la vida:

*Nuestros regocijos han terminado; estos, nuestros actores
como te predije, eran todos espíritus, y
se han ido convirtiendo en aire, en fino aire;
y como infundado producto de esta visión
las torres coronadas de nubes, los esplendorosos palacios
los templos solemnes, la misma Tierra, sí,
todo lo que ella contiene, se disolverá,
y al igual que toda esta insustancial pompa*

*que se ha desvanecido,
no dejará vestigio alguno: somos de la misma materia
de la que están hechos los sueños, y nuestra pequeña vida
está rodeada por un adormecimiento*^[31].

Las cosas más fantásticas de la poesía tratan de tema de la insustancialidad o trascendencia. Todo se está desvaneciendo. Ninguno de nosotros es una entidad sustancial, somos como una llama. Una llama es una corriente caliente de gas, que como un remolino en un río, está moviéndose sin parar, cambiando constantemente, y sin embargo parece siempre igual.

Cada uno de nosotros es una corriente, y si uno se resiste, se vuelve loco. Somos como alguien que trata de agarrar el agua con la mano; cuanto más duramente aprietas los dedos, más rápidamente se escapa el agua entre ellos. Entonces el principio del goce de la vida — y esto no es un precepto, no es una moralización — no tiene nada que ver con lo que tú tendrías que hacer, deberías hacer... etcétera, es algo completamente práctico — no te aferres a ello— deja que pase.

3

LA RELEVANCIA DE LA FILOSOFÍA ORIENTAL

(La siguiente conferencia fue pronunciada frente a los miembros de una institución teológica cristiana, por lo que las observaciones de Watts, dentro de las líneas de pertinencia de la filosofía de Asia, van dirigidas principalmente a la Cristiandad.)

La teología occidental no se ha distinguido precisamente por promocionar el estudio de otras religiones que no fueran la cristiana, y casi todo el estudio que se ha seguido en las escuelas teológicas sobre religión comparativa ha sido históricamente orientado hacia el espíritu misionero. Esto es más bien enigmático. El estudiante de teología siempre ha sido alentado a descubrir los puntos débiles de las perspectivas opuestas, de forma que pueda socavarlas. Pero si creéis, en primer lugar, que la vuestra es la única religión verdadera, ¿qué propósito hay realmente en estudiar ninguna otra? Encontraríais muy rápidamente razones para demostrar que las demás eran inferiores porque eso sería una conclusión previa, tenían que serlo. Por lo tanto, en toda discusión acerca de los respectivos méritos de las diferentes religiones, el juez y el abogado son el mismo. Si, por ejemplo, los cristianos se ponen a debatir sobre si Jesús era un personaje más profundo y espiritual que el Buda, llegarían a su conclusión basándose en una escala de valores que son, por supuesto, cristianos, haciendo del juez y del abogado la misma cosa. Realmente me maravillo ante este imperialismo cristiano porque es algo que prevalece incluso entre los teólogos liberales, y en la práctica llega hasta lo absurdo en una religión sin religión, la doctrina de que no hay Dios y Jesucristo es su único Hijo. Es en este punto en donde comenzamos a ver la ansiedad que hace que aunque generalmente ya no creamos en Dios, de alguna forma debemos seguir siendo cristianos.

Obviamente la Iglesia cristiana es una organización muy curiosa que debe ser entendida. El significado oculto de la Iglesia, como de hecho funciona, es el de una sociedad de salvados, y una sociedad de salvados obligatoriamente requiere de una sociedad de no salvados. Todos los grupos sociales con pretensiones de algún tipo de categoría especial, necesariamente debe crear gente extraña y ajena. Santo Tomás de

Aquino lo puso de manifiesto un día cuando dijo que los santos en el cielo de vez en cuando se asomaban por las almenas, y mirando al infierno alababan a Dios por el justo castigo que había caído sobre los malvados.

Ahora me doy cuenta que no estoy siendo demasiado imparcial ni amable con la teología moderna, pero esa rara persistencia en insistir en que nuestro grupo es el mejor, me hace sentir que en todo ello hay algo peculiarmente irreligioso, y además muestra una muy extraña falta de fe. Hay una gran diferencia entre fe, por una parte, y creencia, por la otra. De hecho, la creencia es bastante contraria a la fe. La creencia es en realidad deseo. En inglés creencia se dice *belief* y viene de la raíz anglosajona *lief*, «desear», y como se expresa en el Símbolo de los Apóstoles, la Creencia es una esperanza ferviente, una esperanza de que el universo llegará a ser así y asá. Por tanto, en este sentido, la creencia excluye la posibilidad de la fe. La fe es apertura a la verdad, a la realidad, sea lo que llegue a ser. «Quiero conocer la verdad», esa es la actitud de la fe. La mayoría de los cristianos utilizan las ideas sobre el universo y sobre Dios como algo a lo que aferrarse, con el espíritu de «una roca de siglos ha penetrado en mí»^[32].

Los himnos están llenos de tales rocas: «Poderosa fortaleza es nuestro Dios», «Incólume sobre la roca eterna, se alza la eterna ciudad». Hablar de una roca entraña el concepto de una gran solidez, pero nos estamos dando cuenta de que nuestra roca se está deshaciendo en una era en la que cada día es más obvio que nuestro mundo es flotante. El planeta flota en el espacio, donde todas las posiciones son relativas, y cualquier punto puede ser considerado el centro. Nuestro mundo no flota sobre algo y, por tanto, la actitud religiosa apropiada para nuestra época no es la de agarrarse a las rocas, sino la de aprender a nadar. Vosotros sabéis que si os metéis en el agua y no tenéis nada adonde agarraros, e intentáis comportaros como lo haríais si estuvierais en tierra firme, os ahogaríais. Pero si en vez de eso os confiáis al agua y os soltáis, flotáis. Y esta es exactamente la situación de la fe. En el Nuevo Testamento, cuando Jesús empezó a predecir su propia muerte, sus discípulos se inquietaron mucho, porque estaba escrito en la Ley que el Mesías no moriría. A esto respondió Jesús: «Si un grano de trigo cae en la tierra y no muere, permanece solo; pero si muere, produce mucho fruto»^[33]. Hay otro curioso incidente después de la Resurrección cuando María Magdalena, dichosa de ver a su Maestro de nuevo, extendió el brazo para asirle, y Jesús dijo: «¡No te aferres a mí!» En otra ocasión, dijo a sus discípulos: «Es conveniente para vosotros que me vaya, porque si no me voy, el Espíritu Santo no podrá venir a vosotros»^[34]. De alguna forma hemos invertido todo esto.

Jesús, me parece a mí, era uno de esos raros y extraordinarios individuos que poseía una experiencia espiritual muy particular y que tuvo muchas dificultades para expresarse en términos de la teología hebrea sin cometer blasfemia. Él dijo: «El Padre y yo somos uno»; en otras palabras: «Yo soy Dios.» Ahora, si tú eres hindú esta es una declaración más bien natural; pero en nuestra cultura, que en su fondo tiene teología hebrea, cualquiera que diga «Yo soy Dios» o es un blasfemo o está loco. Lo

que realmente influye en nuestra concepción de Dios, es la imagen que de Él tenemos como «Nuestro Padre», y esta imagen tiene mucho más poder emocional que cualquier cantidad de teología o abstracción. No es como el descontaminado nombre con el que Tillich se refiere a Dios, «El Campo del Ser», ni como el del profesor Northrop, «Continuo Estético Indiferenciado». Expresiones así no son muy conmovedoras, aunque teólogos muy sutiles prefieran tales descripciones. Nos dicen que cuando llamamos el «Padre» a Dios, no tenemos que creer literalmente que es un progenitor cósmico masculino, y menos aún que lleva una blanca barba y que está sentado en un trono de oro por encima de las estrellas. Ningún teólogo serio ha creído jamás en tal Dios. Pero, sin embargo, la imagen del Dios monoteísta de occidente nos afecta porque es política. El título «Rey de Reyes y Señor de Señores» es el título de los emperadores de la antigua Persia. Nuestra imagen de Dios está basada en los faraones, en los grandes gobernantes caldeos y en los reyes de Persia; es la imagen de un gobernador político y Señor del Universo, que guarda el orden y lo gobierna, hablando metafóricamente desde arriba.

Nuestra imagen del mundo en occidente es que el mundo es una construcción. Así, es muy natural que un niño le pregunte a su madre: «¿Cómo fui hecho?», como si fuéramos ensamblados de alguna forma. Esta fantasía se remonta al Génesis, donde se cuenta la historia de cómo Dios creó a Adán de una figura de barro insuflándole el soplo de la vida por las ventanas de la nariz, y trayéndolo a la vida. Esto refleja la suposición fundamental que incluso subyace en el desarrollo de la ciencia occidental, de que todo ha sido construido, de que alguien sabe cómo y de que podemos averiguarlo porque detrás del universo hay arquitecto. Esto podría llamarse el «modelo cerámico del universo», porque sostiene el sentimiento básico de que hay dos cosas en la existencia: una es «género» o material y la otra forma.

Ahora bien, un material, tal como la arcilla, por sí mismo es más bien estúpido; no tiene vida dentro. Por lo que en cuanto a asumir formas ordenadas, requiere la presencia de una inteligencia externa que lo moldee. Y con ese concepto profundamente arraigado en nuestro sentido común, es muy difícil para la gente darse cuenta de que esta fantasía no es necesariamente la apropiada para dar una descripción del mundo. De hecho, el concepto entero de «materia» está completamente fuera de la física moderna, que estudia el universo físico puramente en términos de patrón y estructura.

Por otro lado, el modelo hindú del universo es un drama. El mundo no es algo hecho, sino actuado. Y detrás de cada aspecto — humano, animal, planta o mineral — se halla la cara, o no-cara, del ego central, el atman, que es Brahmán, la realidad final que no puede ser definida. Obviamente, eso que es el centro no puede ser objeto de conocimiento al igual que no puedes morderte tus propios dientes, ni te puedes levantar a ti mismo tirando de tus propias botas; es la base de lo que hay, y tú eres eso. La idea es que la naturaleza de la realidad es el juego del escondite, que es realmente el único juego que hay — ahora lo ves, y ahora no.

La imagen hindú resulta particularmente molesta para los cristianos, porque en ella se encuentra el fundamento de una muy especial blasfemia teológica llamada «panteísmo». El Panteísmo es el sentimiento de que cada acto en el drama de la vida es representado por el Supremo Señor, y esto hace pensar a los cristianos que tal concepto destruye las verdaderas diferencias entre lo bueno y lo malo. Pero hablando prácticamente, eso es el mayor disparate que se ha dicho más. Las distinciones entre lo malo y lo bueno no tienen que ser eternas para ser reales, y decir que una distinción que no es eterna no es real, es muy anticristiano y ciertamente muy antijudío. Uno de los principios fundamentales de la postura hebrea ante la religión es la de que todas las cosas finitas creadas por Dios son buenas, y por tanto, una cosa no tiene que ser infinita para ser buena. Además, invocar la autoridad del cielo en materia de reglas morales es como meter una corriente de dos millones de voltios a través de la maquinilla eléctrica de afeitar. Como dicen los chinos: «No aplastes la mosca en la cabeza de tu amigo con un hacha.» Como la crueldad y tortura judiciales traen como consecuencia el desacato de la ley; un Dios tan fiero, con una actitud tan inflexible conduce a la total pérdida de fe en Él. Sería como afirmar: «Tiremos al niño con el agua del baño.» Esta es una de las razones por las cuales la gente dice hoy en día «Dios ha muerto». Es muy incómodo tener un Dios así, un jefe autoritario que te vigila, que conoce tus más íntimos pensamientos y que te está juzgando constantemente. En la llamada «Era de la Fe», la gente era tan inmoral como ahora, lo que quiere decir que esa idea en realidad jamás ha contribuido a mejorar el comportamiento de nadie de forma significativa; es un sentimiento muy desagradable y todo el mundo se alegra de haberse desembarazado de él.

Si aplicamos el «no crearás ídolos de nada de lo que hay en los cielos», entonces todas estas nociones fijas de Dios son idolátricas. Las imágenes más peligrosas y perniciosas no son las de madera o piedra — a estas nadie se las toma en serio —, son las creadas con la imaginación, la concepción y el pensamiento. Por ello, en la proposición fundamental de la Divinidad, el hinduista y el budista, y por ello, el taoísta, adoptan el llamado enfoque negativo. Santo Tomás de Aquino dijo que para proceder al conocimiento de Dios era necesario ir por el camino de la remoción — de decir lo que Dios no es—, puesto que Dios por su inmensidad se sale de cualquier concepción que nuestro intelecto pueda alcanzar. Cuando el hindú dice de la Divinidad: «Todo lo que verdaderamente puede decirse es *neti, neti*» o «no esto, no esto», y cuando el budista usa un término como *shunyata* para la última realidad, que quiere decir vacío, muchos teólogos claman en todos sus textos sobre religión comparada, que esto es un terrible negativismo, un nihilismo. Pero no tiene nada de eso. Si por ejemplo tú tienes una ventana en la cual hay una buena pintura del sol, tu acto de fe en el verdadero sol será rascar la pintura para que entre la verdadera luz solar. De la misma manera los cuadros de Dios pintados en las ventanas de la mente necesitan ser rascados, de otra forma se transforman en sustitutos idolátricos de la realidad.

Y ahora me gustaría que esta clase de entendimiento fuera el que emergiera de la teología de «Dios ha muerto», pero no estoy muy seguro de que vaya a ser así. De hecho, hay precedentes dentro de la tradición cristiana de una teología inteligente como esta, de la que yo llamaría «ateísmo en el nombre de Dios». En otras palabras, uno deja de adherirse a imágenes de Dios porque lo único que hacen tales imágenes es interferir en el camino de la realidad. La más elevada forma de oración es aquella en la que todo concepto de Dios ha sido abandonado — este es el supremo acto de fe —. Pero en el momento en que insistes en la imagen cristiana, estás apoyando a esa vasta organización, imperialista y llena de intereses creados que es la Iglesia. Después de todo, si la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, ¿no es a través de la fragmentación del Cuerpo de Cristo que la vida es dada al Mundo? Pero la Iglesia no quiere ser fragmentada, ¡por Dios, no! La Iglesia sigue yendo de sitio en sitio tratando de conseguir nuevos miembros.

Considerad las diferencias entre un médico y un clérigo: el médico quiere deshacerse de sus pacientes, y por ello les da medicinas esperando que no queden enganchados a estas; el clérigo, por otra parte, se halla generalmente obligado a hacer que sus pacientes se vuelvan adictos de manera que sigan pagando sus cuotas. El doctor tiene fe en la renovación de pacientes, sabe que siempre habrá gente enferma. El clero debería también tener fe en el movimiento de altas y bajas. ¡Clérigos, deshaceos de vuestra congregación! Decid a vuestra gente: «Ya habéis oído todo lo que tengo que deciros, marchad. Si queréis reuniros para celebrar una juerga celestial, lo que es el culto, está bien, pero si venís a la iglesia sin un sentido del deber, no se os necesita.» Cuando era capellán en la Universidad de Northwestern solía decir a los estudiantes que si no querían estar en misa serían tan solo esqueletos en la fiesta, y era mucho mejor que se fueran a nadar o se quedasen en la cama, porque nosotros íbamos a celebrar la Santa Comunión, ¡y quería decir celebrar!

Creo que es una vergüenza que nos tomemos la religión con tan mortal seriedad. Recuerdo cuando era un muchacho que pensaba que reírse en la iglesia estaba muy mal. No nos damos cuenta de que, como nos recordó Chesterton, los ángeles vuelan porque se toman a sí mismos muy igual manera, en el *Paradiso*, cuando Dante oye las canciones de los ángeles, dice que sonaba como la risa del universo. Estaban cantando «Aleluya, Aleluya, Aleluya», que no quiere decir nada; es el disparate sublime. Y de la misma forma hay textos hindúes y budistas que son los cánticos de los budas, o seres divinos, que ni significan ni nunca han significado nada en absoluto.

En lo que más deseo hacer hincapié es en que detrás de una vida religiosa vital para Occidente tiene que haber una fe que no se exprese como ideas y opiniones a las que aferrarse en una especie de desesperación. Fe es el acto de desprendimiento, y eso debe comenzar por desprenderse de Dios. Esto no es ateísmo en el sentido vulgar del concepto, porque el ateísmo en su sentido ordinario es *esperar* fervientemente que no haya Dios.

Así, la fe es desprenderse de Dios.

Una vez alguien describió el «Secularismo Cristiano» como la suposición de que no había nada en la vida más que el peregrinaje entre la sala de maternidad y el crematorio, y es dentro de este espacio de tiempo que los intereses cristianos deben ser ejercitados, porque eso es todo lo que hay. Y mucho me temo que esto es en lo que se puede convertir el movimiento de «Dios ha muerto».

Es cierto que, en gran medida, este es el sentido común de hoy en día. Yo dudo bastante de que la mayor parte de la gente religiosa crea realmente en sus religiones; ya es difícil creer en ellas. Hasta los Testigos de Jehová hablan con suma cortesía cuando llegan a la puerta de tu casa. Si realmente creyeran en lo que están hablando irían gritando por las calles. Si los católicos se creyeran lo que dicen organizarían una tremenda alharaca, horrendos programas de televisión que harían avergonzar al fútbol, anuncios a toda plana en los periódicos sobre las terribles cosas que pasarían «si no se hacía tal», o peores aún «si se hacía cual». También serían muy serios en el cumplimiento de su credo, pero nadie lo es. Y lo que ocurre es que se ha llegado a creer extremadamente que la vida no es más que el viaje entre la maternidad y el crematorio.

Como veis, aún ronda en nuestro sentido común el mito del Universo del siglo diecinueve que sucedió al «mito de la cerámica» en la historia occidental. Yo le llamo «el mito del modelo completamente automático», a saber, fuerza ciega y estúpida. La frase de Hegel, «el congreso fortuito de los átomos», que es de la misma cosecha que la libido de Freud, es la ciega fuente de codicia que hay en la base de la psicología humana. Estas gentes del siglo diecinueve se permitían una actitud de desprecio del mundo, y al hacerlo aparecer tan banal como pudiera ser, hacían notar su propia terquedad. Esto era una especie de representación de un papel. Por otra parte, si pensamos en la existencia de las cosas y nuestro lugar en el universo, podríamos quedarnos absolutamente asombrados al descubrirnos a nosotros mismos sobre esta bola de piedra rotando alrededor de un fuego esférico; es una situación muy singular.

Cuanto más contemplo las cosas, menos puedo desembarazarme del sentimiento de que la existencia es bastante extraña. Ya veis, un filósofo es una especie de patán intelectual que escudriña con impertinencia las cosas que la gente sensible da por supuestas. La gente sensible dice: «La existencia no es absolutamente nada, simplemente sigue adelante y haz algo.» Así, también, el actual movimiento filosófico, el análisis lógico, dice que ni siquiera debes pensar en la existencia, es un concepto que carece de sentido. Por ello la filosofía se ha transformado en una discusión de trivialidades, y las revistas filosóficas son tan satisfactoriamente insulsas como cualquier otra clase de encuesta puramente técnica. Ningún buen filósofo se pasa la noche en vela preguntándose cuál es el destino del hombre y la naturaleza de Dios, porque un filósofo de hoy en día es un tipo práctico que va a la universidad con su maletín a las nueve y sale a las cinco. Es alguien que «hace» filosofía durante el día, discutiendo sobre si una cierta frase tiene significado, y si es así, cuál es. Sin

embargo, como dice William Earle en un ensayo muy gracioso, «él vendría a trabajar con una chaqueta blanca si pensase que podía hacerlo impunemente».

El problema es que el filósofo actual ha perdido su capacidad de admiración, porque en la filosofía moderna eso es algo que no hay que tener; es como el entusiasmo en la Inglaterra del siglo dieciocho — es de muy mal estilo —. Yo me maravillo ante la incógnita del universo, pero no es una pregunta, es un sentimiento que tengo. ¡Ni siquiera sé qué debo preguntar! ¿Qué preguntarías tú? Imagínate que tuvieras una entrevista con Dios y pudieras hacerle una pregunta. ¿Cuál sería? Si no te precipitas en contestar, pronto descubrirías que no tienes idea de lo que podrías preguntarle. Sencillamente, no se puede formular una pregunta que encierre nuestra admiración. En el momento en que abriera la boca para hacerla me daría cuenta de que estaba diciendo disparates. Sin embargo, ello no impide que la pregunta sea la base de la filosofía. Como dijo Aristóteles, «preguntarse es el comienzo de la filosofía». Al filósofo la existencia le parece algo muy extraño, y más aún cuando se da cuenta de que estamos todos unidos dentro de un artificio neurológico que es capaz de centrarse en el medio de una increíble extensión de galaxias, para empezar entonces a medirlo todo. La existencia es relación, y nosotros estamos de lleno en ella.

Obviamente, hay un lugar en la vida para la actitud religiosa en el sentido de temor reverencial, de asombro ante la existencia. Y esto además constituye una base de respeto por esa existencia, algo de lo que no tenemos mucho en esta cultura, aunque la llamamos materialista. Un materialista es una persona que ama lo material, pero en nuestra cultura actual tenemos inclinación a destruir totalmente la materia para convertirla en basura y gases venenosos tan rápidamente como sea posible. Nuestra cultura no es materialista porque no tiene respeto por la materia. Y el respeto a su vez se basa en la admiración, en el sentimiento de maravillarse ante un simple guijarro que puedas tener en tu mano.

Por eso me temo que la teología de «Dios ha muerto» de alguna forma va a ser arrastrada hacia una secular reforma visionaria y absurda en el nombre de Jesús. Y aquí es donde creo que podemos revivificarnos y estimularnos fuertemente introduciendo en nuestra vida espiritual ciertos aspectos que son orientales. Ahora bien, debe entenderse que el punto capital de las disciplinas hindú y budista es una experiencia. No es una teoría ni una creencia. Si decimos que una religión es una combinación de credo, código y culto — como es el Judaísmo, Islamismo y Cristianismo—, el Budismo no lo es. Un credo es una revelación, un simbolismo revelado de lo que es el universo, y estás obligado a creer en ello por la divina autoridad; un código es la voluntad revelada de Dios para el hombre, que estás obligado a obedecer, y un culto es la forma divina revelada de adoración que debes practicar. Los Diez Mandamientos deben ser obedecidos porque Dios es el jefe. Es el gobernante, Rey de Reyes y Dios de Dioses. Pero la disciplina Yoga del Hinduismo o de las diferentes formas de meditación budista, no requieren que creas en nada, ni

contienen mandamientos. De hecho tienen preceptos pero realmente son votos a los que tú te comprometes voluntariamente bajo tu propia responsabilidad, no como obediencia a nadie. Son técnicas experimentales para cambiar la consciencia, y de lo que tratan fundamentalmente es de ayudar a los seres humanos a deshacerse de la alucinación de que cada uno de nosotros es un ego metido en una piel — un hombrecillo que se halla dentro de nuestra cabeza, entre las orejas y detrás de los ojos —, que es la fuente de la atención consciente y del comportamiento voluntario. La mayoría de la gente no piensa realmente que sea nada más que eso, y que el cuerpo sea algo que tienes. «Mamá, ¿quién hubiera sido yo si mis padres hubieran sido otras personas?», como si tus padres te dieran el cuerpo y tú metieras el alma en algún punto —concepción o parto, nadie podría decirlo.

Esta actitud de que seamos algo dentro de un cuerpo permanece en nosotros. Se nos ha enseñado a pensar que el latido del corazón es algo que pasa dentro de nosotros, mientras que hablar o caminar es algo que nosotros hacemos. Pero, ¿no «lates tú» tu corazón? El lenguaje no te permite pensar eso; no es usual. ¿Cómo abres y cierras la mano? Si eres un psicólogo, es posible que puedas decirlo, pero eso no te ayudará a abrir y cerrar la mano mejor que yo. Yo, sé cómo hacerlo, pero no puedo ponerlo en palabras. De la misma forma el dios hindú sabe cómo crea este universo entero, porque es él quien lo hace, pero no podría explicarlo. Sería lo mismo que intentar beberse el océano Pacífico con un tenedor. Por ello, cuando el hindú alcanza la iluminación y se recobra de la alucinación de ser un ego metido en una piel, descubre que en el centro de su propio yo se encuentra el yo del universo, y si te acercas a él y le preguntas «¿cómo lo haces?», es fácil que te responda, «pues de la misma manera en que tú abres y cierras la mano».

Cada vez que la gente le preguntaba a Sri Ramana, el gran sabio hindú fallecido hace pocos años: «Maestro, ¿he vivido anteriormente en una reencarnación previa?, y si ha sido así, ¿quién era yo?» Él contestaba: «¿Quién me hace la pregunta? ¿Quién eres tú?» Lo que hace un maestro espiritual en el hinduismo y en el budismo para despertarte, para hacerte superar la alucinación de ser un ego dentro de una piel, es atormentarte en cierto modo. Con una expresión cómica en sus ojos, es como si te estuviera diciendo: «Venga ya, Shiva, que sé lo que te traes entre manos, sé lo que estás haciendo.» Y tú respondes: «Que, ¿yo?» Y se te queda mirando de forma divertida, hasta que tienes la sensación de que él está viendo claramente en tu interior, y de que todo tu egoísmo y todos tus pensamientos malos y sucios son transparentes a su mirada. Entonces tienes que intentar cambiarlos. Y te sugiere que practiques el control de la mente, que acabes con tus deseos y que abandones el egoísmo para transformarte en un *ser* metido en una piel. Y puede que tengas cierto éxito al intentar concentrarte y pacificar tu mente. Pero al final te lanzará una pelota difícil de recoger diciéndote: «Pero desear no desear sigue siendo un deseo; ¿por qué estás intentando volverte desinteresado?» Bien, la respuesta es: «Quiero ser uno más entre la gente: Pienso que me va a ser más rentable ser desinteresado que ser egoísta.» Lutero lo vio

así y San Agustín también. Pero ahí está, el maestro ya ha comenzado a hacerte ver la irrealidad y la cualidad alucinatoria del ser separado. Un ser así es meramente una realidad convencional, de la misma forma que las líneas de latitud y longitud y las mediciones del reloj; que es la razón por la cual uno de los medios de maya, de la ilusión, es la medición. Las cosas son mediciones, son unidades de pensamiento, como las pulgadas son unidades de medida. No hay cosas en la naturaleza física. ¿De cuántas cosas se compone una cosa? De cuantas puedas querer. Una cosa es un pensar, una unidad de pensamiento; es tan realidad como tú puedas sacar de una idea.

Así pues, darse cuenta de la alucinación del ser separado es algo que sucede a través del descubrimiento de que dicho ser separado no puede hacer nada, no puede mejorarse a sí mismo ni haciendo algo al respecto ni sin hacerlo, y ambas cosas están basadas en la ilusión. Como veis, esto es lo que tenéis que hacer para sacar a la gente de las alucinaciones — hacedles actuar consistentemente sobre las creencias de sus alucinaciones—. El gurú, sea hinduista o budista, lleva a cabo *ad absurdum* sobre la premisa del ego metido en una piel. ¿Y qué pasa entonces? Podríais imaginaros por los distorsionados cuentos del misticismo oriental que uno desaparece ahí mismo en un mar infinito de suave gelatina morada, que se aparta tanto del mundo y se embelesa de tal manera que se olvida de su nombre, dirección, número de teléfono y función en la vida. Pero no sucede nada de eso. El estado de iluminación mística, aunque en su repentina aparición pueda ser acompañado por una sensación de tremenda luminosidad y transparencia, cuando te acostumbras a él es simplemente como la vida diaria. Ahí está la gente que anteriormente pensabas que eran individuos aparte, y ahí está el, «tú» que anteriormente pensabas que simplemente se hallaba frente a esta gente. Cuando el gran doctor D. T. Suzuki fue preguntado: «¿Cómo es estar iluminado?», él respondió, «como las experiencias diarias y normales, excepto que es a dos pulgadas por encima del suelo». Como veis lo que se altera no es la forma en que perciben tus sentidos, sino la forma en que tú piensas — tus definiciones de lo que ves, y tu evaluación de ello—. Cuando no te aferras al mundo y dejas de tener una actitud hostil hacia él, entonces sabes que el mundo eres tú. Desde el punto de vista de la biología, el comportamiento de un organismo viviente no puede ser descrito en forma alguna sin describir simultáneamente el comportamiento del entorno. Describir organismos en su entorno es describir un campo unificado de comportamiento llamado «medio ambiente». El entorno no trata a empujones al organismo ni el organismo va dándole patadas al entorno. Son dos aspectos, o polos, del mismo proceso.

Esta actitud hacia la naturaleza —ver la unidad fundamental del ser que lo manifiesta todo — no es una actitud que como es fácil que supongan los misioneros, niegue el valor de la diferenciación. Deberéis comprender el principio de las llamadas diferencias idénticas. Tomad una moneda. La cara es un lado diferente a la cruz y, sin embargo, ambos son inseparables. Tomad la operación de compra y venta. Vender es una operación diferente a la venta, pero no puedes comprar nada a menos que alguien

venda algo al mismo tiempo, y viceversa. Esto es lo que significa la unión fundamental de opuestos, lo que se llama Advaita, o no dualidad en el hinduismo; y lo que los chinos quieren decir al usar la palabra *tao* para designar la forma de operación de los principios positivo y negativo, el yang y el yin. No es una unidad que aniquila las diferencias, sino una unidad que se manifiesta por la propia diferenciación que percibimos. Es enteramente polar, como los dos polos de un imán.

Así que cuando decimos que el monismo oriental es un punto de vista sobre la vida que fusiona todo transformando en una especie de nauseabunda sustancia pegajosa, es terriblemente injusto; eso es precisamente lo que no es. Si se argumenta que esta clase de doctrina, en la cual todo el mundo es realmente la Divinidad, destruye la posibilidad del amor entre las personas porque para amar hay que ser definitivamente «otro», pues de otra forma sería todo un auto-amor, el argumento en sí cae por su peso frente a la doctrina de la Trinidad. Si las tres personas son un solo Dios, entonces no podrían amarse entre ellas por el mismo razonamiento. El hinduismo usa simplemente la misma idea que encierra la Trinidad cristiana, solo que utiliza la idea de una multitrinidad. En lugar de tres-en-uno, es uno-en-todo.

Por supuesto, al abordar una doctrina que parece ser monista o panteísta, la espina clavada es siempre la misma: ¿Y qué pasa con el mal?, ¿debemos sentirnos nosotros responsables del mal? No, no queremos hacer eso porque queremos mantener limpias las faldas de Dios. A pesar de que nuestra Biblia hebrea diga; «Yo soy el Señor, y no hay ningún otro; Yo formo la luz y creo la oscuridad; Yo hago la paz y creo el mal. Yo, el Señor, hago todas estas cosas»^{3[35]}.

¿Quién es el que se sienta a la siniestra de Dios Padre? (ya sabemos quién se sienta a la diestra). Toda palabra sobre el que se sienta a la izquierda es acallada, porque ese es el lado en el que se sienta el fiscal público. Por supuesto, en el libro de Job, el fiscal público del tribunal celestial es Satán. Es el acusador y fiel sirviente del tribunal. Todo el problema radica en que sería ciertamente cruel que Dios fuera el autor del mal, y nosotros fuéramos sus víctimas. Es decir, si mantenemos el modelo del rey del universo en el que las criaturas son todas súbditos del rey, entonces un Dios que fuera responsable del mal sería despiadado para el pueblo. Pero en la teoría hindú, Dios no es otra persona. No hay víctimas de Dios. Él nunca es nada más que Su propia víctima. Tú eres responsable. Si quieres permanecer en el estado de ilusión, permanece. Pero siempre puedes despertar.

4

SUSPENSIÓN DEL JUICIO

La Maraña de la Transformación

Desde hace mucho tiempo los seres humanos están interesados en la transformación de sus mentes. Pero pregunto: ¿Hay alguna forma por la cual uno pueda cambiar su mente, o se trata simplemente de un proceso que no es más que un círculo vicioso? En la mente de mucha gente existe el sentimiento apremiante de que «debo mejorar», y esto es críticamente importante. La misma idea del «debo mejorar» encierra la dificultad obvia de que si yo tengo necesidad de mejorar, el «yo» que va a llevar a cabo esa mejora es el que necesita ser mejorado; y ahí, de forma inmediata, tenemos un círculo vicioso.

Por ponerlo en términos teológicos: ¿cómo hace el hombre para seguir la voluntad de Dios, si la voluntad del hombre es perversa? Los teólogos dicen que no se puede seguir la voluntad de Dios si no se tiene la gracia divina. Entonces, ¿cómo se consigue la gracia? ¿Por qué la gracia es dada a unos y no a otros? Si no puedo seguir la voluntad de Dios por mi propio esfuerzo porque mi voluntad es egoísta, ¿cómo mi voluntad que es egoísta, será transformada en una voluntad altruista? Si yo no puedo hacerlo, entonces es la gracia la que debe hacerlo. Y si la gracia aún no lo ha hecho, ¿por qué no lo ha hecho? ¿Porque yo no la acepté? Pero por definición yo no tenía poder para aceptarla porque mi voluntad era egoísta. ¿Debo entonces convertirme en calvinista y decir que solo aquellos que están predestinados a recibir la gracia podrán vivir la buena vida? Siguiendo en esta línea de cuestionamiento, llegamos a la inadmisible opinión de que la gente que lleva mala vida no consigue la gracia porque no están predestinados para ello en la sabiduría infinita de la Divinidad, y que el mismo Dios debe ser hecho responsable por sus malos actos. He aquí un sutil y pequeño enredo.

En el lenguaje de la filosofía oriental, el problema de la transformación suena a algo así: el Buda dijo que la Sabiduría puede venir solamente del abandono del apetito egoísta o deseo. Uno que abandona ese deseo, obtiene el nirvana, que significa suprema paz y liberación. En sánscrito, nirvana significa soplar, exhalar el aliento. Lo opuesto, deseo, es inhalar. Ahora bien, si tú inspiras y mantienes el aire dentro, dejas de respirar; pero si lo expulsas, vuelve a ti. Entonces el punto es que si quieres vida no te aferres a ella, deja que pase. Aún queda el problema de si yo deseó no desear, ¿no es eso ya un deseo? ¿Cómo puedo desear dejar de desear? ¿Cómo puedo abandonarme a mí mismo, cuando mi propio yo es precisamente el impulso de agarrarme, de adherirme, de aferrarme a la vida, de seguir viviendo? Se ve racionalmente que si me aferro a mí mismo puedo llegar a estrangularme, y así tal

vez elija ser como esa persona que tiene un vicio, como resultado del cual se está suicidando, porque los caminos de la muerte son tan dulces.

Estoy seguro que habéis observado cómo se comporta la gente que está interesada en superarse. Generalmente se van de compras buscando alguna ganga. Después prueban el psicoanálisis, el psicodrama, los grupos de encuentro, el yoga, la cienciaología, la ciencia cristiana, el catolicismo romano, el budismo Zen o el budismo tibetano y en cuanto se agarran a cualquiera de estas cosas, es una arrebató absoluto. «Amigo, tienes que profundizar en esto.» Pero vemos que no pasa nada fundamentalmente diferente, sigue siendo la misma persona que va por ahí con una bolsa nueva llena de ilusiones. Él no cambia, lo único que cambia es sus maneras de intentar cambiar.

Una de las formas básicas por las cuales te das cuenta de que no hay cambio es la naturaleza de lo que yo llamaré el juego del automejoramiento. Este es un juego al que todos jugamos desde un punto de vista u otro. Podría preguntar, ¿qué estás buscando? ¿Sería tomarme muchas confianzas decir que estás buscando ayuda? ¿Que te gustaría oír a alguien que tuviera algo de importancia que decirte como miembro de un mundo que se está metiendo en las más intensas dificultades? Nuestro mundo se halla rodeado por un verdadero complejo de problemas, y cualquiera de ellos es lo suficientemente malo, pero cuando juntas todos los grandes problemas políticos, sociales y ecológicos a los que nos enfrentamos, es aterrador. Naturalmente uno puede decir que la razón por la cual estamos metidos en semejante lío, no es simplemente porque tengamos unos sistemas incorrectos para hacer las cosas, sean tecnológicos, políticos o religiosos, sino porque tenemos a la gente incorrecta. Los sistemas pueden ser correctos, pero están en manos erróneas, porque todos somos bastante egoístas, nos falta sabiduría, nos falta coraje, tenemos miedo a la muerte, miedo al dolor, y estamos poco dispuestos realmente a cooperar y a estar abiertos a los demás. Así que todo el mundo piensa: «Realmente soy yo el que está equivocado. Si pudiera el menos ser una persona correcta. Y tal vez este hombre me va a decir algo que puede hacerme llegar a ser más creativo y cooperador con los demás. Me gustaría sinceramente mejorar.»

Y entonces me imagino que muchos de vosotros estáis esperando que os diga algo que os haga mejores, mejores en cualquier sentido en el que queráis usar esa palabra, sentirse mejor, ser moralmente mejores, ser mejores ciudadanos o alcanzar un más alto estado de consciencia. Tal vez alguno de vosotros tenga ambiciones místicas y quiera trascender el sentimiento de egocentrismo, el sentimiento de ser un centro aislado de consciencia dentro de un saco de piel; quizá os gustaría experimentar la consciencia cósmica y sentir que vosotros mismos sois básicamente idénticos a la energía infinita de este universo. Los místicos han tenido a menudo esa experiencia, y vosotros quisierais tenerla también; y asimismo apreciaríais por mi parte el que os diera algún consejo sobre cómo eso puede hacerse realidad. Podéis decir: «Necesito alguna ayuda en este proceso, y voy a encontrar a alguien que me la preste.» Y podéis

elegir a un terapeuta, a un sacerdote o incluso a un gurú, cualquier clase de persona que enseñe una técnica de autoperfeccionamiento. ¿Pero podéis juzgar, por ejemplo, si un psicoterapeuta es efectivo o es simplemente un charlatán? ¿Cómo podéis juzgar si un gurú es espiritualmente sabio o es meramente un buen conversador? Claro, por supuesto que preguntaréis a vuestros amigos, hablaréis con sus otros discípulos o pacientes, y naturalmente se mostrarán entusiasmados. Tienes que tener entusiasmo cuando has comprado algo que te ha costado caro. Si te has comprado un automóvil que ha resultado ser una maula, es muy difícil admitir que es un cacharro y que te han timado. Y es lo mismo que cuando compras una religión o una costosa intervención quirúrgica. Pero de lo que la gente no se termina de dar cuenta, es de que cuando te pones en manos de un psicoterapeuta o de un sanador místico, eres «tú» quien lo elige. En otras palabras, que esta persona, o este libro, o este sistema, es el adecuado en «tu» opinión. Si le estás diciendo a dicha persona o cosa: «Pienso que tú eres la autoridad», esa es tu opinión. ¿Y cómo te sientes capaz de juzgar? Tú no puedes juzgar realmente si una autoridad es perfecta a menos que tú lo seas. De otra forma puedes simplemente ser engañado. Puedes decir: «Creo que la Biblia es la palabra de Dios»; muy bien esa es tu opinión. Yo sé que la Biblia dice que es la palabra de Dios, pero es opinión tuya el que la Biblia esté diciendo la verdad. La Iglesia dice que la Biblia es la palabra de Dios, pero es opinión tuya el que la Iglesia tenga razón. No puedes escapar de esta situación, es tu opinión.

En este punto, puede que sea obvio para ti, que el elegir una autoridad que te va a ayudar a mejorar, es como pagarle a la policía con el dinero de tus impuestos, y ponerla a vigilarte para ver si cumples con la ley. Esto parece bastante estúpido. ¿Es que no podemos cuidarnos por nosotros mismos? ¿No es este el país del libre y el hogar del bravo? Nadie parece querer encargarse de sí mismo porque siente que no puede hacerlo. Como dijo San Pablo: «Querer está presente en mí. Pero cómo obrar bien, no lo encuentro en mí porque el bien que yo haría, no lo hago, y el mal que no haría, eso hago.» Y aquí estamos de lleno en dificultades porque intentar superarse a uno mismo es como tratar de elevarnos por el aire tirando de los cordones de nuestras botas. ¡Es simplemente imposible! Hay, sin embargo, toda clase de maneras por las que la gente religiosa intenta explicar que «sí es posible». Pero tú no puedes hacerlo solo porque el *tú* que intenta mejorarte es el que necesita ser mejorado. Por tanto, tienes que decir: «Dios mío, ayúdame.» Por supuesto, que Dios existe es tu opinión; que Dios contestará a tu oración es tu opinión; y tu idea de Dios es *tu* idea de Dios. Si compraste el texto de otra persona, ¡tú lo compraste! Quizá tu padre y tu madre te hablaron de Dios de una forma impresionante, pero básicamente tú les compraste la idea. Tú mismo puedes ser padre. Yo ahora soy abuelo. Tengo cinco nietos y sé que soy tan estúpido como debió de serlo mi propio abuelo. Me siento y adopto una postura por la cual me miran y piensan: «¡Oh, fíjate, he aquí un hombre importante!» Pero yo sé que soy tan solo como cualquier otro. Por ello espero que mis nietos no

crean nada sobre mi autoridad, porque siempre sería *su* autoridad. Si les impresiono con mi aspecto y con palabras grandilocuentes, ya los tengo atrapados.

Así que supongamos que hay Dios, y que dispones de la gracia, el divino poder que otorga al ser humano una cuerda para trepar hacia lo alto en lugar de tirar de los cordones de las propias botas. Muy bien, quieres gracia. Un teólogo te dirá: «Sí, Dios da su gracia libremente, la da a todos porque ama a todos. Está aquí como el aire, todo lo que tienes que hacer es recibirla.» Y un cristiano más ortodoxo, quizá un católico, dirá: «Todo lo que tienes que hacer es bautizarte y tomar el santo sacramento del altar, el pan y el vino, el cuerpo y la sangre de Cristo. La gracia está justamente ahí. Es dada a través de estos simples medios físicos, de manera que se puede disponer muy fácilmente de ella.» Bien, mucha gente ha sido bautizada, pero no siempre permanece. La gente pierde la gracia. ¿Por qué? Como veis, estamos hablando todavía del mismo viejo problema, pero ahora lo hemos puesto un escalón más alto. «¿Cómo puedo superarme?» era el primer problema, y el segundo es: «¿Cómo puedo aceptar la gracia?», pero ambas son lo mismo porque en cada caso tienes que hacer un movimiento que te quite el control de ti mismo para ponerte bajo el control de un «mejor». Y si no crees en la versión cristiana de Dios puedes creer en la versión hinduista del Dios que es tu yo interno. Tú tienes un yo menor al que llamas ego, ese pícaro hombrecillo que está siempre buscándome. Pero detrás del ego está el atman, el ser interno, o la luz interior como le llaman los Cuáqueros; es el verdadero yo, el espíritu que es sustancialmente idéntico a Dios. Así que tenéis que meditar de tal forma que os identifiquéis con vuestro ser superior.

Pero «¿cómo se hace eso?» Bien, comenzáis por observar todos vuestros pensamientos cuidadosamente. Observáis vuestros sentimientos, vuestras emociones, y empezáis a desarrollar un sentido de separación entre el observador y lo observado. De esta forma dejáis de ser arrastrados por vuestra propia corriente de conciencia. Permanecéis como testigos, suspendiendo vuestra capacidad de juicio de manera imposible e imparcial, y observando cómo pasa todo.

Ahora bien, esto podría parecer una especie de progreso, al menos estás teniendo una visión objetiva de lo que está pasando, y estás empezando a estar en posición de controlarlo. ¡Pero espera tan solo un momento! ¿Quién es este yo detrás del yo, el yo que observa? ¿Puedes observar a ese yo? Si es así es muy interesante, porque descubres, por supuesto, que el yo que observa, el que vigila, detrás de todos tus pensamientos y sentimientos, es en sí mismo un pensamiento. Es decir, cuando la policía penetra en un edificio donde hay ladrones, estos suben desde la planta baja hasta el primer piso. Cuando los agentes llegan a este primer piso, los cacos se han ido al segundo, y después al tercero, y finalmente al tejado. Justamente así, cuando el ego está a punto de ser desenmascarado, se identifica inmediatamente con el yo superior. Sube un nivel, porque la versión religiosa del juego es simplemente una versión refinada o erudita del juego normal: «¿Cómo puedo engañarme a mí mismo?» Entonces si me doy cuenta, por ejemplo, de que en la búsqueda del placer,

los placeres, los placeres vulgares del mundo — alimento, sexo, poder, posesiones — se convierten en un estorbo, y pienso: «No, no es eso lo que busco», y entonces me meto en las artes, literatura, poesía y música, y me embebo totalmente en estos otros placeres, pero después de un tiempo veo que tampoco son la respuesta. Entonces elijo el psicoanálisis y me doy cuenta de que no es la respuesta, y acudo a la religión, ¡pero aún estoy buscando lo que andaba buscando cuando quería dulces! Quiero conseguir ese regalo. Solo que ahora veo que no va a ser un regalo material, porque las cosas materiales se hacen pedazos tarde o temprano, pero tal vez haya algo espiritual que no se desintegre. Sin embargo, la búsqueda espiritual no es diferente a la búsqueda de un caramelo. Es la misma historia, solo que hay que refinar el caramelo y hacerlo abstracto y santo y bendito y todas esas cosas. Y así sucede con el yo superior. Este es tu mismo viejo ego, pero seguro que tú esperas que sea eterno, indestructible e infinitamente sabio.

El gran problema es cómo poner a funcionar a este yo superior. ¿Qué diferencia hay entre lo que tú haces y lo que tú piensas? Conozco a toda clase de gente que tienen en marcha a este yo superior. Practican su yoga y son justamente como la gente normal, a veces algo peor. Porque ellos también se pueden engañar a sí mismos. Pueden decir: «Mi punto de vista en cuanto a la religión es muy liberal. Creo que todas las religiones cuentan con revelaciones divinas, así que no entiendo cómo la gente lucha por ellas.» Otros dicen: «Bien; Dios ha dado el espíritu a través de todas las tradiciones, pero la nuestra es la más refinada y madura.» Entonces aparece otro y dice: «Bien, como ya había dicho, son todas las revelaciones de lo divino por igual, y al verlo así, yo soy por supuesto mucho más tolerante que vosotros.» ¿Veis cómo funciona el juego?

Suponed que yo adopto esta postura: digamos que vosotros me estáis contemplando como una especie de gurú. Bien, ya sabéis la forma en que los gurús se odian entre sí, y están siempre menospreciándose los unos a los otros. Pero yo podría decir: «Bien, yo no menosprecio a otros gurús», y eso engañaría a todo el mundo. Y siempre estamos haciendo esto. Siempre encontramos la forma de ponernos por encima de los demás, por los más increíbles y sutiles medios. Me podéis decir: «Me doy cuenta de que siempre estoy haciendo eso, y ahora dime, ¿cómo puedo dejar de hacerlo?» Y yo os diré: «¿Por qué quieres saberlo?» «Pues porque yo sería mejor de esa forma», me diríais. «Sí, pero, ¿por qué quieres ser mejor?» ¿Veis?, la razón por la cual queréis ser mejores es la razón por la cual no lo sois, es porque «queréis» serlo, y no os dais cuenta de que ya lo sois. «El camino del infierno está pavimentado con buenas intenciones», porque los reformadores visionarios del mundo estén haciendo el bien para otros o lo estén haciendo para sí mismos, son unos perturbadores, como el mono del cuento que para salvar a un pez lo sube a la copa de un árbol diciéndole: «Permíteme que te ayude o te ahogará.»

Nosotros, los americanos-europeos hemos estado alborotados en los últimos cien años o más, mejorando el mundo. Hemos dado los beneficios de nuestra cultura

— nuestra religión y nuestra tecnología — a todo el mundo (excepto quizá a los aborígenes australianos). Hemos insistido en que reciban los beneficios de nuestra cultura e incluso de nuestro estilo político: «¡Será mejor que seáis democráticos, u os pegaremos un tiro!» Y habiendo conferido todas estas bendiciones por todos los lados nos preguntamos por qué no le gustamos al resto del mundo. A veces, hacer el bien a otros, e incluso hacerse el bien a uno mismo es asombrosamente destructivo. Y además no es más que una vanidad. ¿Cómo sabes tú lo que es bueno para los demás? ¿Cómo sabes tú lo que es bueno para ti? Si dices que quieres mejorar, entonces deberías de saber lo que es bueno para ti, cosa que obviamente no sabes, porque si lo supieras ya habrías mejorado.

Pero no lo sabemos. Es como el problema con que se enfrentan hoy en día los genetistas. No hace mucho asistí a una reunión de genetistas en donde se había juntado un grupo de filósofos y teólogos y dijeron: «Ahora, fíjense, necesitamos ayuda. Estamos a punto de saber cómo criar cualquier tipo de carácter humano que podamos querer tener. Podemos darles santos, filósofos, científicos, grandes políticos, lo que quieran. Simplemente díganos, ¿qué clase de seres humanos debemos de criar?» Y yo dije: «¿Cómo podemos nosotros que somos genéticamente irregenerados decidir lo que la gente generada genéticamente puede ser? Mucho me temo que nuestra selección de virtudes no funcione. Podría ser como esa nueva clase de grano de alto rendimiento que se está convirtiendo en algo ecológicamente destructivo. Cuando interferimos en los procesos de la naturaleza y criamos plantas y animales de buen rendimiento, siempre hay una forma en que tenemos que pagar por ello. Y puedo ver bien que producir seres humanos de manera eugenésica puede ser terrible.» ¿No os dais cuenta de que podríamos tener una plaga de gente virtuosa? Quiero decir cualquier animal considerado por sí mismo es virtuoso, haciendo lo que un animal tienen que hacer, pero en tropel son terribles. Como una manada de hormigas o de langostas alborotadas, me podría imaginar una masa completamente pestífera de un millón de santos. Así que es dije a los genetistas: «Simplemente asegúrense de que se mantenga una vasta mayoría de seres humanos. Por favor, no críen más que unos cuantos seres excelentes, ¿excelentes para qué?» Nunca sabemos cómo van a cambiar las circunstancias, o cómo puede variar nuestra necesidad de diferentes clases de gente. En un momento dado podemos necesitar de gente muy individualista y agresiva, en otro momento de personas muy cooperadoras que trabajen en equipo, y en cualquier otro momento podemos requerir gente que tenga mucho interés en la diestra manipulación del mundo externo. E incluso podemos necesitar quien pueda explorar su psicología y que sea introspectivo. No se sabe, pero es obvio que cuantas más variedades y habilidades tengamos, mejor estaremos.

Entonces, con la genética se presenta el problema. Realmente no sabemos cómo interfiere con la forma en que son las cosas. El mundo es en realidad un organismo interrelacionado enormemente complejo. El mismo problema emerge en la medicina, porque el cuerpo es también un organismo complejamente interrelacionado. Si miras

el cuerpo de manera superficial puede ser que encuentres algo anómalo y termines tratando solamente la manifestación externa más que la causa. Digamos que tienes varicela, cuya causa es algo en la sangre; es alguna especie de microbio y aparece con erupciones que pican por todo el cuerpo. Pero no debes cortar las erupciones; lo que tienes que hacer es matar el bicho. Y entonces lo matas. Bien, tienes que meter a otros bichos para matar a ese bicho. Es como llevar conejos a Australia, todo se desmanda. Entonces piensas: «Un momento, no eran simplemente microbios en la sangre; hay microbios por todas partes. El problema de la varicela es que de repente la sangre se vuelve vulnerable a esos microbios en particular. Debe ser que mis defensas están bajas, Lo que yo debería haber tomado no son antibióticos, sino vitaminas.» De acuerdo, así que vas a fortalecer tus defensas, pero ¿defensas contra qué? Puedes aumentar tu resistencia ante todo este tipo de microbios, pero entonces hay otro tipo que justamente adora la situación y se mete dentro. Médicamente siempre hemos visto al ser humano como un montón de partes separadas — tenemos especialistas de corazón, de pulmón, de huesos, de nervios, etc. — y cada uno de ellos ve al ser humano desde su punto de vista. Hay unos pocos que practican la medicina general, pero se dan cuenta de que el cuerpo humano es tan complicado que no hay mente que pueda comprenderlo. Además, aun suponiendo que tuviéramos éxito en curar a toda esta gente de sus enfermedades, entonces, ¿qué haríamos con el problema de la población? Hemos acabado con el cólera, la peste bubónica, estamos cercando a la tuberculosis, e incluso podríamos llegar a curar el cáncer y las enfermedades cardiovasculares. Entonces, ¿de qué morirá la gente? Bien, simplemente seguirá viviendo. Habrá enormes cantidades de nosotros, y entonces tendremos que solucionar el problema del control de natalidad — píldoras para todos —. Pero, ¿qué pasa con los efectos secundarios de esas píldoras, y con los efectos psicológicos en hombres y mujeres que no crían hijos como es natural? ¿Qué van a hacer? ¿Se volverán homosexuales? No sabemos. Lo que hoy parece una buena cosa, o ayer, como el DDT, mañana resulta que ha sido un desastre. Lo que en tiempos pasados parecían ser grandes virtudes en la esfera moral o espiritual, hoy se miran con frecuencia como horribles males.

Tomemos, por ejemplo, la Inquisición. En su día, entre los católicos, la Santa Inquisición estaba considerada como hoy lo está la práctica de la psiquiatría. Un hereje era un hombre muy enfermo. Había mucho por lo que apiadarse de él, porque si mantenía una visión falsa estaba condenado a sufrir por toda la eternidad en la más exquisita cámara de tortura jamás imaginada. Pensad en considerar esa idea tan seriamente como hoy consideramos al cáncer o a la esquizofrenia. Sentimos que al curar a una persona de una enfermedad casi todo está justificado: las operaciones más complicadas; gente entubada durante días con penetración de rayos X quemando el tejido enfermo con láser; personas sufriendo tratamientos de choque; gente encerrada por los grises y monótonos pasillos de las instituciones mentales, sin saber si saldrán alguna vez de allí porque no pueden comprender lo que se espera de ellos, y los

psiquiatras tampoco lo saben. Es una especie de pesadilla Kafkiana. Pensamos que estos cirujanos y psiquiatras son muy buenas personas, que son hombres justos que trabajan para aliviar el sufrimiento humano. Bien, exactamente lo mismo pensaban de los inquisidores. Con toda su buena fe, sabían que la brujería y la herejía eran cosas terribles, atroces plagas que ponían en peligro para siempre a las almas de los hombres. Cualquier medio estaba justificado para curar a la gente de herejía; y no hemos cambiado. Hoy estamos haciendo lo mismo, pero bajo nombres diferentes. Podemos mirar atrás a toda aquella gente y ver lo malo que fue, pero no podemos verlo en nosotros mismos.

¡Así que cuidado con la virtud! El filósofo chino Lao-tzu dijo que la mayor virtud no es consciente de sí misma como virtud, y por tanto es realmente virtud, pero la virtud más baja es tan autoconsciente de sí misma como virtud que no es virtud. En otras palabras, cuando respiras no te felicitas a ti mismo por ser virtuoso, pero respirar es una gran virtud; es vivir. Cuando naces con unos ojos maravillosos, azules, marrones o verdes, como quiera que sean, no te felicitas a ti mismo por haber desarrollado dos de las más fabulosas joyas que hay en la tierra. Dices: «Ah, solo son ojos.» ¿Pero no consideras una virtud el ver, el recibir los milagros del color y de la forma? Dices: «Bueno, eso es solo ver.» Pero es verdadera virtud. La virtud real, en el viejo sentido de la palabra, infiere fuerza, como cuando se habla de la virtud curativa de una planta. Las otras virtudes están simplemente prendidas, son virtudes de imitación, y generalmente causan problemas. Más cosas diabólicas se hacen en el nombre de la justicia, y podéis asegurar que todo el mundo de la nacionalidad, pensamiento político o religión que sea, siempre va a la guerra con un sentido de completa rectitud — la otra parte es el diablo —. Nuestros oponentes, en China, Rusia, Vietnam, tienen el mismo sentimiento de justicia en lo que están haciendo que el que tenemos nosotros aquí. Y «¡una plaga en ambas casas!». Como dijo Confucio: «Los santurrones son los ladrones de la virtud», que es otra versión de nuestro proverbio «El camino del Infierno está pavimentado de buenas intenciones».

Entonces lo moral o lo inmoral de estas consideraciones es que si realmente estás al tanto de tu funcionamiento interno, te darás cuenta de que no hay nada que puedas hacer para mejorarte. Ni siquiera sabes qué quiere decir «mejor», y en cualquier caso el «tú» que lleve a cabo la mejoría es el que necesita ser mejorado. Esto va también para la sociedad.

Podemos cambiar la sociedad. Podemos entusiasmarnos enormemente con la idea de que hay una revolución en marcha que pondrá todo en su debido orden. Pero ¿conocéis alguna revolución que haya puesto las cosas en orden? No importa que la revolución haya sido de derechas o de izquierdas. Las mejores formas de gobierno que han existido jamás son aquellas que han sabido salir adelante como buenamente han podido, aquellas que no tenían ningún plan de control preestablecido. Tenían lo que yo llamaría una «anarquía controlada», y parece que este sistema funciona mejor que ningún otro. Cuando dispones de un gran sistema y de verdadero poder para

aplicarlo, siempre hay más violencia, más derramamiento de sangre, más problemas. No hay diferencia entre el Presidente Mao o Adolf Hitler. No podemos engañarnos a nosotros mismos, no podemos ser inconscientes a propósito ni podemos amar de verdad por intentar amar. Ames a alguien o no. Si pretendes amar a una persona, la mientes y creas razones para el resentimiento. Hoy se oyen muchas canciones románticas que hacen mención al tema del amor universal. ¿Sabéis qué es lo que yo haría? Me compraría un arma y atrancaría la puerta de mi casa porque sabría que se está formando una tormenta de hipocresía. O sea, un montón de enloquecidos te vienen a ver y dicen: «Bueno, no debería de importarte que nos llevemos tus cosas, a fin de cuentas nada pertenece realmente a nadie, y estamos seguros que tú eres una persona espiritual y amorosa que quiere compartir todo.»

Consideremos esto desde otro punto de vista, uno que al principio os parecerá muy deprimente. Supongamos que no podemos hacer nada para cambiarnos a nosotros mismos. Suponed que lo aceptamos. Y esto es lo peor que puede escuchar el público americano, que no hay forma en que podamos mejorarnos a nosotros mismos. Todos los tipos de cultura en este país están dirigidos a la autosuperación. ¿Por qué hay algunos que van a la ópera o a escuchar una sinfonía? Solo una pequeña fracción del público asiste a un concierto para disfrutar de él. El resto va para ser visto y para verse a sí mismos allí, porque eso es cultura, eso es hacer lo que es bueno para uno.

Mirad el *jogging*, esa deplorable práctica. Es muy bonito correr y danzar a través de las colinas a gran velocidad, pero lo que ves es cómo los corredores machacan sus huesos y traquetean su cerebro corriendo, sobre los talones. Hay una austeridad en todo ello porque es algo definitivamente bueno para uno. ¿Por qué vas al colegio? Solo hay una razón para ir, y es porque alguien tiene algo de lo que tú te quieres enterar. Todo el motivo para ir al colegio es que tú estás interesado en algo. Tú no vas para superarte, pero el problema es que los colegios tienen una idea equivocada, otorgan honores a la gente por aprender. El premio por estudiar lengua francesa debería de ser la habilidad para hablar en francés, para disfrutar leyendo en francés y para divertirse con la gente francesa. Pero cuando obtienes un título en esa materia, dicho título se transforma en el propósito del juego de estar siempre por encima de los demás.

Claro que este estar siempre por encima del otro es el mayor cuidado de la comunidad de educadores hoy en día. Aprenden todas las reglas de cómo ser un buen profesor. Es muy instructivo asistir a una reunión de profesores. En mi campo, que es la filosofía, vas a un congreso de filósofos, y ves que cuando se reúnen en el bar, o en el restaurante, o en la habitación de alguno de ellos, de lo único que jamás hablan es de filosofía. Está de verdad muy mal visto el mostrar interés en la filosofía delante de tus colegas. Exactamente lo mismo sucede en las reuniones de clérigos. De lo que no hablan es de religión. Los temas que ambos tratan son la iglesia y la política académica. Como veis, es de muy mal gusto ser brillante en tu facultad, porque eso es colocarte por encima de tus colegas. Por ello, los educadores tienden a cultivar una

estudiada mediocridad. Hay que tener cuidado, porque si a tus conferencias acuden tropeles de estudiantes, vas a conseguir que tus colegas te miren de mala manera. Pero, por supuesto, el juego de intentar sobresalir es enorme cuando se trata de investigación y publicaciones, de revistas especializadas, de la cantidad relativa de notas que aparecen al pie de la página sobre el texto básico, de las notas sobre estas notas, y de las diferentes maneras de hacer que tu bibliografía sea penosamente exacta. Es interminable. Pero ya veis lo que es, erudición sobre la erudición. Al igual que aprender porque es bueno es inaplicable el aprendizaje, la idea total de mejorarse a uno mismo por medio del aprendizaje es inaplicable el proceso de aprender. De la misma forma, hacer negocios es hacer negocios. Ser fabricante de ropa es algo muy bueno. Podría concebir que sería extremadamente agradable el hacer buenas ropas, algo de lo que uno podría sentirse muy orgulloso. Claro que tendrías que venderlas porque necesitas comer. Pero fabricar ropa para ganar dinero plantea otra cuestión, porque entonces tu interés no está en hacer ropa, sino en ganar dinero, y entonces vas a timar con la ropa. Supón que consigues una tremenda cantidad de dinero, ¿qué harías con él? No puedes comerte diez asados de carne en un solo día. Ni puedes vivir en seis casas a la vez. Tampoco puedes conducir tres Rolls Royce al mismo tiempo. ¿Qué harías? Bien, podrías simplemente ponerte a hacer más dinero y reponerlo, podrías invertir en alguna otra cosa de forma que te diera más aún, y no importarte de cómo se hiciera con tal de que tú ganases. A ti no te importa si los ríos se contaminan, si el aire se llena de humos tóxicos por todas partes ni si mueren todos los peces. Mientras veas que te salen los números, no te preocupas de nada más.

Así que te has puesto a hacer algo para automejorarte; ganar dinero es una medida de superación, una medida de tu valía económica, o al menos eso es lo que se supone que es de hacerlo por la realidad. Si tú eres músico, ¿por qué tocas música? La única razón para interpretar música es para disfrutarla. Si lo haces para impresionar a la audiencia o para leer algo, sobre ti en los periódicos, entonces no tienes interés alguno en la música.

Esta es la situación: la idea total de la autosuperación es una quimera y una mistificación. Comencemos en donde estamos. ¿Qué pasa si tú sabes sin ninguna sombra de duda que no hay nada que puedas hacer para ser mejor? Bien, es una especie de alivio. Yo soy lo que soy, ahí está. Así que dices: «¿Qué haré ahora?», y sientes un poco de inquietud que surge porque estamos acostumbrados a hacer las cosas mejor, «deja el mundo un poco mejor de lo que estaba cuando lo encontraste», o «quiero servir a los demás» y toda esta serie de ideas tan sumamente vagas. Todavía tienes esa picazón. Pero si nos damos cuenta que realmente no hay nada que podamos hacer para mejorarnos a nosotros mismos ni para mejorar al mundo, esto nos da un respiro en el curso del cual podemos simplemente observar lo que está pasando. Nadie hace jamás esto. Suena tremendamente simple, tan simple que casi parece que no merece la pena el hacerlo. Pero, ¿habéis observado alguna vez lo que está pasando y lo que hacéis como reacción ante ello? Simplemente observad cómo

pasa, y no os apresuréis a pensar que sabéis lo que es. La gente mira y dice: «Bueno, eso es el mundo externo.» ¿Cómo lo sabéis? Todo, desde un punto de vista neurológico, está solo pasando en tu cabeza. Que tú pienses que hay algo fuera del cráneo es una noción del sistema nervioso. Puede que haya o puede que no haya. Que esto es el mundo material, es la idea filosófica de alguien. Tal vez tú pienses que el mundo es espiritual; también eso es una idea filosófica de alguien. El mundo real no es espiritual ni material, el mundo real es simplemente *como es*.

¿Pensáis que podríamos ver las cosas de esta forma sin poner etiquetas, nombres, grados ni juicios sobre cada cosa? ¿Podríamos simplemente observar lo que pasa y lo que hacemos? Si haces eso, por lo menos sí que te das una oportunidad a ti mismo. Y puede que cuando te hayas liberado así de ir buscando el mejorar todo, tu propia naturaleza empiece a cuidarse de sí misma. Una vez que te quites de en medio de tu propio camino, empezarás a aprender que las grandes cosas que tú haces son realmente cosas que pasan. Ningún gran genio puede explicar cómo lo hace. Dice: «Sí, he aprendido una técnica para expresarme porque había algo dentro de mí que tenía que salir. Tuve que aprender cómo darlo.» Si tú eres músico tienes que aprender cómo se produce la música, o si quieres describir algo tienes que aprender un lenguaje para que los demás pueden comprenderte. Necesitas una técnica. Pero fuera de eso, ¿podrías contarle a alguien cómo pudiste usar esa técnica para expresar esa cosa misteriosa que querías decir? Si pudiéramos contarle eso a la gente, tendríamos escuelas en las que entrenaríamos a genios de la música y a milagrosas mentes científicas. Habría tantos que los genios estarían a diez centavos la docena. Entonces diríamos: «Bueno, después de todo esta gente no es muy ingeniosa.» Lo más fascinante de un genio es que produce algo que nosotros no podemos entender, nos sorprende. Pero veis que de igual forma no podemos entender a nuestro propio cerebro, que es solo decir que el cerebro es más inteligente que la neurología. Nuestro cerebro es tal que puede ejecutar todos estos extraordinarios milagros culturales e intelectuales; no sabemos cómo lo hacemos, pero lo hacemos. Nosotros no hicimos campaña para llegar a tener un cerebro superior al de los monos, o lo que quiera que fueran nuestros antepasados; simplemente sucedió.

Todo crecimiento es fundamentalmente algo que pasa, pero para que pase, dos cosas son importantes. La primera es, como ya he dicho, que debes tener la habilidad técnica para expresar lo que pasa; y en segundo lugar, te debes de salir de tu propio camino. Pero el fondo del problema del control es «¿Cómo te quito de en medio de mi propio camino?» Si os mostrase el sistema para hacerlo. — «Practiquemos todos el salirnos de nuestro propio camino» — esto simplemente se convertiría en otra forma de autosuperación. A través de toda la historia de la espiritualidad humana nos encontramos repetidamente con este problema. En la fraseología del Budismo Zen: «No se puede alcanzar pensando, no se puede alcanzar no pensando.» Salirse del propio camino sucede solo cuando el hacerlo deja de ser una cuestión de elección, porque ves que no hay ninguna otra cosa que hacer. En otras palabras, esto ocurre

cuando ves que hacer algo por tu situación no te va a ayudar, y que intentar no hacer nada por tu situación, tampoco te va a ayudar. ¿En qué lugar te quedas entonces? Estás estupefacto. Simplemente te reduces a observar y a dejar que las cosas pasen.

5

CHUANG-TZU LA SABIDURÍA DE LO RIDÍCULO

El filósofo chino Chuang-tzu, que vivió alrededor del 300 a. C. o quizá incluso un poco antes, fue una persona realmente notable. Es uno de los únicos filósofos de toda la antigüedad que posee un verdadero humor y por ello leerlo es inmensamente alentador.

Parte del humor de Chuang-tzu se halla en el arte de la exageración, que es algo que yo pienso que siempre debemos tener en cuenta. Por ello al leer su obra debemos hacernos cargo de que en cierto modo él se está tomando el pelo a sí mismo. Es como un grupo de entusiastas de lo que sea que, cuando hablan entre ellos, llevan sus ideas hasta extremos absurdos y se parten de risa mofándose de ellos mismos. Chuang-tzu actúa así, pero al hacerlo tiene mucho que decir acerca del valor de la vida inútil.

El concepto de que cualquier evento en la vida puede ser útil, es decir, va a servir para los fines de un futuro evento, es para un taoísta, absurdo. El universo es contemplado como algo sin un fin determinado, e inútil de punta a cabo. Es un juego, y con todo, es algo más que eso, porque llamarle juego no transmite su sentido. Por ejemplo, cuando un sabio taoísta vaya a través del bosque, no va a ninguna parte, simplemente está vagando. Cuando observa las nubes le gustan porque no tienen un destino específico. Observa a los pájaros volando y a las olas golpear la costa. Justamente porque todo esto no es una ocupación en el sentido en el que los seres humanos están generalmente ocupados, y porque no sirve a más fin que ser lo que es en ese momento, lo admira. Esta es la razón por la cual encontramos esos peculiares estilos de pintura china en las dinastías T'ang, Sung y posteriores, en los que la naturaleza en su vagar sin designio fijo es el principal tema de interés. Usualmente, cuando decimos que algo no tiene propósito, lo decimos despectivamente. Decimos: «Bueno, esto no tiene futuro. ¿De qué sirve?» Es gracioso que digamos «¿de qué sirve?», y creo que deberíamos darnos cuenta que esta pregunta refleja nuestra locura. La alegría del taoísta es precisamente que las cosas no tengan utilidad, y el futuro no cuenta.

Esto puede exagerarse, y Chuang-tzu lo hace de una forma muy humorística cuando describe al hombre ideal e inútil. Este hombre es un jorobado tan deformado que la barbilla le descansa en el ombligo, y con todo es admirable porque a todo el mundo le parece que ha encontrado el secreto de la vida. Cuando llegan los empleados del servicio social es el primero en recibir comida gratis, y cuando aparecen los oficiales militares para reclutar gente para el ejército es el primero en ser rechazado. Por consiguiente, vive una larga vida.

Chuang-tzu cuenta otra historia en la cual describe a un grupo de viajeros que se encuentran con un árbol enorme. Ninguno había visto antes un árbol tan fantástico, así que se acercaron para ver si les podía ser útil en algo. Primero probaron las hojas, pero les parecieron muy duras, desagradables y malas de comer. Entonces se fijaron en las ramas y vieron que estaban todas retorcidas y por tanto no les podían servir de bastones, así que examinaron la madera, pero se encontraron con que estaba llena de médula y no servía en absoluto para la construcción. Como resultado, nadie jamás molestaba a este árbol. No era útil para propósito alguno, y así había alcanzado un tamaño enorme y era viejísimo. No es que Chuang-tzu nos esté pidiendo exactamente que tomemos esto literalmente, pero esta es su manera de hacer las cosas.

En otro relato describe el comportamiento de la más elevada clase de hombre:

El hombre de carácter vive en su hogar sin ejercitar su mente y ejecuta las acciones sin inquietud. Las nociones de correcto y equivocado, así como el alabar o culpar a otros no le perturban. Cuando la gente a lo ancho de los cuatro mares se puede divertir, eso es felicidad para él. Cuando todo el mundo está bien provisto, eso es paz para él. Con semblante apenado, parece un niño que ha perdido a su madre; con aspecto de estúpido, va por ahí como alguien que ha perdido su camino. Tiene mucho dinero para gastar, pero no sabe de dónde lo saca. Bebe y come lo necesario, pero no sabe de dónde viene su alimento. Este es el comportamiento de un hombre de carácter.

Y por contraste:

Los hipócritas son aquellos que consideran bueno todo lo que el mundo aclama como bueno, y consideran correcto todo lo que el mundo aclama como correcto. Cuando les dices que son hombres del Tao, entonces sus semblantes cambian con satisfacción. Toda su vida se llaman a sí mismos «hombres del Tao», y toda su vida siguen siendo hipócritas. Saben cómo dar un buen discurso y contar anécdotas apropiadas para atraer a una gran multitud. Pero desde el principio hasta el mismo fin no saben de qué hablan. Se ponen la ropa conveniente y se visten con los colores apropiados. Adoptan una apariencia decorosa al objeto de hacerse populares, pero rehúsan admitir que son unos hipócritas^[36].

Esta otra explicación de un hombre de aspecto y apariencia estúpidos, que va errante por ahí como si hubiera perdido su camino y que no sabe nada, está basada en el texto de Lao-tzu, donde dice:

*La gente del mundo es bulliciosa
Como al tomar parte en las fiestas de sacrificio,
Como al subir al monte en primavera.
Solo yo soy manso, como un desocupado,
Como un recién nacido que aún no puede sonreír
Libre como alguien sin hogar.*

La gente del mundo tiene suficiente y de sobra.

*Pero yo soy como un marginado,
Mi corazón debe de ser el de un necio,
Que está aturdido, ¡nebuloso!*

*Los vulgares son entendidos, luminosos;
Solo yo soy lerdo, confuso.
Los vulgares son inteligentes, seguros de sí mismos;
Solo yo estoy deprimido,
Paciente como el mar,
A la deriva, aparentemente sin designio.*

*La gente del mundo toda tiene un propósito;
Solo yo parezco terco y rústico.
Solo yo difiero de los demás,
Y valoro el sacar el sustento de la Madre^[37].*

En el personaje del sabio taoísta, como lo representa Chuang-tzu, hay un algo de tonto. El tonto es una persona que no sabe lo suficiente para ponerse a cubierto de la lluvia y que no compite. El resto de la gente consigue los premios materiales antes que él, e incluso los espirituales. El tonto es la persona que no va a ningún sitio. Se sienta a un lado del camino y dice disparates. El tonto es como el niño mongólico sin ningún interés en la supervivencia, que coge un plato de comida y revuelve el guiso con el dedo haciendo un maravilloso mejunje con todo y después se queda mirando cómo gotea desde la yema de su dedo. Y durante un rato está sin comer, y entonces se pone a jugar con la comida de todas las formas posibles hasta que se distrae con cualquier otra cosa que llama toda su atención. Mientras no lo contraríes, sigue siendo la persona más maravillosamente amable del mundo, pero no tiene ningún tipo de ambición; no lucha por sí mismo, y nadie puede jamás conseguir que lo haga.

Se puede comprender porque el tonto ha sido siempre usado como una especie de analogía con el sabio cuando, como dice Shankara:

*A veces desnudo, a veces enojado,
Ora como un sabio, ora como un tonto,
Así, aparecen en la tierra los hombres libres.*

Las biografías de la primera parte de la vida de Sri Ramakrishna o de Sri Ramana reflejan este tipo de comprensión y son absolutamente salvajes. Pero al igual que al leer a Chuang-tzu, no se deben tomar demasiado literalmente. Las cosas son dichas poniendo una especie de sobretensión en una dirección para corregir otra especie de sobretensión en la dirección opuesta.

Hace muchos años un sabio japonés, explicándome las enseñanzas del Budismo, me dijo algo que no he vuelto a escuchar a nadie más desde entonces. Dijo que el Buda enseñó que la vida es sufrimiento al objeto de corregir la visión equivocada de

que debía de ser placer. Dijo que todo era impermanente para corregir la falsa visión de que la realidad dura por siempre en el tiempo. La idea del camino del medio queda establecida en estilo de ir de un extremo para corregir el otro. Esta es una técnica muy común en Asia, y se encuentra especialmente en el Zen. Por ejemplo, cuando a los maestros se les pregunta acerca de algo sagrado, responden siempre en términos de algo laico. Si les preguntan «¿qué es el Buda?», pueden responder: «El árbol que está en el jardín.» Y cuando les preguntan sobre algo laico, te contestan en términos de algo sagrado. Por ejemplo, un maestro y su discípulo estaban trabajando en el campo usando un cuchillo para podar. El discípulo, de repente, dijo al maestro: «Deme el cuchillo.» Y el maestro se lo dio ofreciéndoselo por la punta. Entonces el discípulo dijo: «Por favor, déjeme que lo coja por el extremo», y el maestro preguntó: «¿Qué harás con el otro extremo?» Como veis, las preguntas se transforman inmediatamente en una especie de intercambio metafísico; y este juego de ir de una parte a otra entre los extremos es la disposición interior de despertar la mente a la polaridad, al crecimiento mutuo.

La filosofía de Chuang-tzu es una filosofía de relatividad. El hace mucho hincapié en que no existe un patrón absoluto de grande o pequeño, importante o poco importante. Y nos relata la historia de un cierto cuidador de monos que respecto a la ración de nueces dijo que cada mono recibiría tres por la mañana y cuatro por la noche. Pero los monos se enojaron mucho, así que el cuidador dijo que podían recibir cuatro por la mañana y tres por la noche, y con este arreglo quedaron contentos. Sin embargo, el número de nueces era el mismo, sigue contando, pero hubo una adaptación a los gustos y aversiones de los interesados. Esta, dice, es la forma de conducta del sabio. Con Chuang-tzu comienzas a llegar a la conclusión de que las pequeñas cosas son tan grandes como puedan ser las cosas grandes, y las grandes cosas son tan pequeñas como puedan ser las cosas pequeñas. Todo puede ser visto como grande y pequeño, importante y no importante, así como los estudios intermedios. Su concepción del mundo es esencialmente cíclica.

Enseñar por medio de círculos es un método usado a menudo por los maestros de Zen y de Taoísmo. El centro de un círculo es entendido como cualquier punto de la circunferencia, y se puede comenzar en cualquier parte. Hay un Koan Zen que pregunta: «Indra construyó la torre sin juntas, ¿dónde empezó?». Bien, una torre sin juntas es como una manga sin costura, es una torre cilíndrica y continua. ¿Dónde comienza? Y por la misma razón, ¿dónde comienza el círculo? El círculo de la vida o el ciclo de la vida, la interdependencia de abejas y flores, y la interdependencia de largo y corto, todo es circular. Puede empezar en ninguna parte y en todas partes. Cuando Chuang-tzu habla de los órganos del cuerpo hace un catálogo con todos ellos y dice: «Bien, ¿cuál prefieres?, ¿qué órgano va primero, cuál le sigue? ¿Cuál es el que rige, cuáles son los sirvientes?» «Parecía que podía haber un gobernador, pero nadie ha podido encontrarlo jamás.» Así pues, no existe en el Taoísmo — casi podríamos decir en toda la filosofía china — noción alguna que responda al concepto

de un mundo que obedece a un jefe. Dentro del cuerpo no hay un órgano regidor; su orden es la consecuencia de o el trabajo de cada una de sus partes que existen unidas entre sí, creciendo mutua y espontáneamente. No hay gobernador. Pero la dificultad que emerge al tratar de comprender la filosofía de Chuang-tzu radica en que la gente empieza a pensar en términos de gobernar y regir e intentan dominarse a sí mismos y a su entorno, lo que invariablemente acaba en líos. Chuang-tzu narra la historia de un hombre de la antigüedad que se llamaba Po Log. Era un amaestrador de caballos, y probablemente de ahí viene la denominación de nuestro deporte hípico, el polo. Chuang-tzu dice que los caballos eran criaturas encantadoras y muy agradables antes de que Po Log se metiera con ellos y echase a perder su naturaleza. En otras partes dice que un buen carpintero no necesita ni escuadra ni compás; trabaja sin ellos. Esto es fantásticamente cierto en los carpinteros japoneses. Una de las cosas que fascinan cuando vas a Japón, es el observar a estos carpinteros a la antigua usanza trabajar con los planos arquitecturales más toscos que te puedas imaginar. Utilizan los más extraños instrumentos, y tienen un misterioso tipo para cuadrar las cosas por el tacto y por la vista.

Cuentan una hermosa historia que sucedió en el levantamiento ceremonial de la parhilera de un nuevo templo. Había sido hecha por un cierto gremio de carpinteros, pero había en la ciudad otro gremio rival, que estaba muy enojado por no haber conseguido ese contrato. Así que durante la noche uno de los miembros del gremio rival fue y aserró unos seis pies de la parhilera. Cuando el maestro artesano fue por la mañana y llegaron todos los monjes para la ceremonia de elevación de la viga maestra del techo, echó una ojeada y dijo: «Alguien ha estropeado esto. Debe haber sido nuestro gremio enemigo. Han cortado seis pies de la parhilera» «¡Bueno! — dijo —, lo pondré bien.» Entonces cogió el martillo, golpeó la viga ceremoniosamente, y después dijo: «Levantadla.» La izaron y ajustaba perfectamente. La historia, por supuesto, es que él sabía que esto iba a pasar y entonces hizo la viga demasiado larga. Este tipo de narración va siempre asociada al arte del carpintero. No necesita escuadra porque el sentido de destreza que hay en su organismo, en sus nervios, en sus sentidos es mucho más sutil que cualquier cosa que pudiera ser hecha con instrumentos.

Hay muchas anécdotas sobre artistas del Lejano Oriente que sobresalen en eso, en saber con tremenda precisión exactamente dónde deben ir las cosas. Se cuenta que un maestro se hallaba decorando la habitación ceremonial del té con sus discípulos cuando uno de ellos le preguntó dónde poner un gancho para colgar un florero de bambú en la pared. El maestro dijo con exactitud: «Ahí.» Y entonces el discípulo pintó una pequeña marca. Un poco más tarde el mismo discípulo borró la marca intencionadamente, recordando dónde estaba por un pequeño y diminuto agujerillo que había en la pared. Entonces le dijo al maestro: «Discúlpeme, señor, pero he olvidado dónde me había dicho que había que poner el florero.» El maestro

respondió: «Era aquí», y puso el dedo exactamente en el mismo lugar que antes. Esta es la clase de cosas que admiran los discípulos en el Lejano Oriente.

El principio que Chuang-tzu explica extensamente es triunfar en la vida a través de no mandar sobre ella, a través de no tratar de gobernarla. Por ejemplo, él explica que la música ha sido estropeada por las cinco notas ^[38]. Dice:

*Las cinco notas harán a un hombre sordo;
Los cinco colores harán a un hombre ciego.*

Lo que quiere decir con esto es que si tú piensas que hay solo cinco notas no puedes oír, y si piensas que hay solo cinco colores no puedes ver. Este es el problema que tenemos con la música en Occidente. Tenemos un sistema de notas que indica nuestra escala cromática y el pentagrama, y la forma en que escribimos música está limitada a esa posibilidad. Pero entre cada una de nuestras notas hay todo tipo de sutilezas. Al escribir nuestro ritmo tenemos que ir por pasos desde una nota entera a media nota, un cuarto de nota, un octavo, un decimosexto, etc., y podemos incrementar el valor en un medio poniendo un punto. Pero ese es el alcance de nuestra expresión rítmica. En la música oriental hay una infinita continuidad de ritmo y tono, y así hacen los ritmos más extraordinariamente complicados. La forma en que ellos aprenden música no es por un sistema de notas, o de medidas, sino a través del cuerpo vivo del maestro cuando les demuestra las formas de tocar un determinado instrumento. Ellos siguen al profesor, al hombre, en vez de seguir a las palabras o a los símbolos.

Hay una traducción de Chuang-tzu absolutamente absurda publicada por un profesor de chino de la Universidad de Harvard. Estoy seguro que dicho profesor debe de ser un ex misionero porque usa constantemente la palabra «Dios» cuando Chuang-tzu no tiene ninguna expresión para Dios. La noción de Dios, tal como nosotros la entendemos, es ciertamente muy extraña al pensamiento taoísta. Hay que comprender que los misioneros han sido la base de la erudición china en Occidente. Para traducir las escrituras a las lenguas occidentales tuvieron que estudiar chino y desde entonces han estado deslizado sus ideas cristianas en los clásicos chinos. Pero la noción de Dios, en el sentido de un gobernante personal del mundo, es totalmente ajena al pensamiento chino. Existe la expresión *ch'ien-jan* que tiene casi el mismo significado que *tzu-jan*, espontaneidad o que es «así en sí mismo». *Ch'ien-jan* hace referencia a algo que es así a través del poder del cielo. El cielo, o *ch'ien*, quiere decir simplemente el universo. Si miras hacia afuera desde la Tierra, que es como si fuera el centro o la base, todo lo demás en toda la expansión del Cosmos es *ch'ien* (cielo). Pero en Chuang-tzu no hay conexión en la idea del cielo con alguna especie de gobernante personal del universo. Cuando ves que alguien traduce *ch'ien* como «Dios» da una impresión muy equivocada de esta enseñanza.

Hay un pasaje en el que un discípulo pregunta al maestro: «¿Se puede conseguir el Tao de forma que se pueda poseer para uno mismo?» Y el sabio responde: «Tu cuerpo no es tuyo, es la imagen delegada de Ch'ien». Los misioneros traducen esto como «Dios» porque han leído en la Biblia que el hombre está hecho a imagen de Dios. Pero el maestro dice:

Tu vida no es tuya, es la adaptabilidad delegada del cielo.

Tus hijos no son tuyos, son las semillas delegadas del cielo.

Tú te mueves, no sabes cómo; tú descansas, no sabes por qué.

Estos son los funcionamientos de los caminos del Tao.

Entonces, ¿cómo podrías conseguir el Tao de forma que pudieras poseerlo?

De forma similar hay otro pasaje que dice que cuando un hombre borracho se cae de un carro, aunque puede hacerse daño, no muere. Al estar su espíritu en una condición de seguridad no sufre por el contacto con objetos de existencias. Si tal seguridad puede conseguirse del vino, ¿cuánto más de *ch'ien-jan*?

Lo que es revelado aquí es el no esfuerzo de estar de acuerdo con el ritmo espontáneo del universo. En el pensamiento chino no existe ni siquiera una idea de lo que nosotros llamamos la ley de la naturaleza. Los movimientos del cuerpo y la armonía del organismo no son lo que son por obediencia a alguna ley. Los chinos tienen un concepto de ley que se expresa por la palabra *tsu*. Hubo un tiempo en que las leyes eran inscritas en los recipientes del sacrificio, de manera que cuando la gente llegase a hacer sus ofrendas leyera las leyes. Algunos sabios hicieron objeciones a esto diciendo que si se esperaba que la gente supiera cuales eran las leyes por los términos fijos de una escritura, lo que harían sería desarrollar un espíritu literario. Es decir, comenzarían a cavilar sobre lo que realmente decían los escritos. Bueno, como sabéis, esta es la principal ocupación de los abogados. Pero el punto que los sabios taoístas querían resaltar es que no se debe escribir de esa manera. Ellos describen el Tao como *wu-tzu*, que traduciríamos literalmente como «sin ley», pero lo que quiere decir es la superación de esta clase de ley, que es una ley específica o positiva.

Al seguir explicando este principio de no leyes, Chuang-tzu emplea un pequeño truco muy divertido. A menudo pone su propia sabiduría en boca de Confucio para la inmensa confusión de todos los demás. Nos cuenta que un día estaba Confucio al lado de un río cerca de donde había una tremenda catarata que caía a plomo. De repente vio a un anciano salir del bosque, que cayó al río y desapareció en la catarata. Entonces dijo: «¡Oh, que pena! Probablemente se trataba de algún viejo cansado de la vida que quería poner fin a todo esto.» Pero al instante, más abajo en la corriente, el anciano sale del agua y comienza a dar saltos por todas partes. ¡Confucio está asombrado! Manda a uno de sus discípulos a coger al hombre antes de que desaparezca. Cuando está frente a él, le dice: «Señor, creí que se iba a suicidar y de repente veo que ha salido vivo de esa catarata. ¿Tiene usted algún método especial

con el cual pudo hacer esto?» «No, no tengo ningún método especial — contesta el hombre —, simplemente entro con los remolinos y salgo con los remolinos. No me resisto al agua. Me identifico enteramente con ella.» Y aquí tenemos al anciano, completamente relajado, dando vueltas en medio de la corriente sin resistirse para nada, y así se protege. Se deja ir con la corriente y gira con su fuerza.

Y de nuevo, naturalmente, las historias de este tipo resultan exageradas, porque el verdadero *wu-wei*, o el dejar que las cosas pasen, la no interferencia, es una exageración que acentúa el punto de vista yin para compensar el yang. La relajación es simplemente algo que sucede cuando hay demasiado yang dentro de uno, demasiado del principio activo que necesita ser equilibrado por el principio pasivo o yin. El problema es que los seres humanos en su ansiedad por controlar las cosas exhiben demasiada agresividad yang; y con todo, al equilibrarse con el principio yin, uno no debe de confundir dicho principio con, por ejemplo, la flojedad. Además, existe la dificultad obvia de que si al tratar de relajarse uno siente que debe de relajarse, lo único que consigue es inquietarse más y crear mayor tensión en el proceso. Recuerdo haber leído un libro que se titulaba *Usted Debe Relajarse*. Pero no se puede alcanzar el *wu-wei* de esa manera. Incluso al intentar relajarte te tensas; estás deseando que pase y temes que no lo vas a conseguir. Entonces, ¿cómo demonios se hace? En primer lugar tienes que entender que tú no tienes que hacer nada. Como dijo el anciano de la historia, no hay método. Los taoístas usan el término *wu-tzu*, sin ley, para significar que no existe método alguno que tú puedas dominar para hacerlo. Está todo basado en la comprensión, o lo que nuestros psicólogos llaman penetración, de que no hay nada que tú puedas hacer como origen y causa de acción separada de todo lo demás. Cuando sabes esto, que no hay un tú que actúa por separado, entonces no hay necesidad de tratar de relajarse. El Tao continúa fluyendo. Puedes tratar de nadar contra el río si lo deseas, pero realmente es mucho más fácil ir con la corriente. Es como el correr del tiempo, no puedes salirte del momento presente.

Puedes pensar sobre el pasado y puedes pensar sobre el futuro, pero puesto que tú estás pensando en este momento, el presente es inescapable. Muy bien, ahora el momento presente tiene, no tiene, un sentido de flujo. El tiempo sigue; la vida sigue. El tiempo de reloj es simplemente una medida de flujo, una forma de hacer tic-tac, tic-tac, y contar los tic-tacs. Bien, hemos vivido a través de muchos tic-tacs, pero, no obstante, el tiempo real, diferente de ruido del reloj, es un fluir; y con todo, está quieto. ¿No es fascinante que se mueva, pero que tú estés siempre aquí? Siempre es ahora. Nunca sales del ahora.

Este es el principio del fluir. Es hermosamente simple. Pero se te pueden ocurrir toda clase de hábiles excusas para posponer esta lección. Puedes decir, «bueno, esto es un tema muy espiritual, y yo soy una persona no evolucionada, así que me llevaría un tiempo muy largo el llegar a comprenderlo de una forma más que intelectual». Pero esto es solamente una excusa para jugar a tu propio juego y no aprender este

principio. Hay toda una gama de elaboradas formas de evitarlo; puedes aplazarlo entregándote a los más complicados sistemas de cultura espiritual, o al yoga, y así sucesivamente. Y eso está muy bien. No tengo ninguna objeción a que lo aplaces, porque es lo que tú quieres hacer. Pero realmente está siempre aquí y ahora. Al igual que no puedes escapar del ahora, no puedes salir del Tao. Eso es lo cómico del caso, y ese es el por qué Chuang-tzu tiene ese suave y bello toque de humor. Dice:

*La garza es blanca sin darse un baño diario
El cuervo es negro sin haber sido pintado con tinta.*

Por consiguiente, hay rubias y morenas, gente gorda y gente flaca, gente alta y gente baja, gente culta y gente vulgar. Incluso un himno cristiano dice:

*El rico en su castillo,
el pobre en su portón,
Dios lo hizo alto y bajo,
y ordenó su condición.*

Claro que ahora no cantamos mucho eso, porque tenemos demasiada conciencia social.

Acerca de esto, Chuang-tzu dice lo siguiente:

Aquellos que dicen que tendrían lo correcto sin su correlativo, lo equivocado, o buen gobierno sin su correlativo, el desorden, no comprenden el gran principio del universo, ni la naturaleza de toda creación. De igual forma, uno podría hablar de la existencia del cielo sin la tierra, o del principio negativo yin, sin el positivo, yang; lo que es claramente imposible. Si las gentes siguen discutiendo eso sin parar, tales gentes deben de ser necios o villanos.

¡Naturalmente, uno siempre podría replicarle a Chuang-tzu que tiene que haber necios y villanos para poder reconocer la existencia de sabios! Pero él dice otro tanto de otra manera:

La facultad de hablar no es un mero soplo de aliento, está determinada a decir algo, pero lo que intenta decir no puede, sin embargo, ser determinado. ¿Hay habla en verdad, o no? ¿Podemos o no podemos distinguirla de los gorjeos de los pájaros jóvenes?

¿Cómo puede el Tao ser tan oscuro para que pueda haber distinción entre lo verdadero y lo falso? ¿Cómo puede el habla ser tan oscura para que pueda haber distinción entre lo correcto y lo incorrecto? ¿Dónde puedes ir y encontrar que el Tao no existe? ¿Dónde puedes ir y encontrar que las palabras no pueden ser probadas? El Tao es oscuro por nuestra comprensión

inadecuada y las palabras son oscuras por las expresiones floridas. De aquí, las afirmaciones y negaciones de las escuelas confucianas y mohianas, que cada una afirma lo que la otra niega, y niega lo que la otra afirma. El que cada una niegue lo que la otra afirma, y afirme lo que la otra niega solo nos causa confusión.

No hay nada que no sea esto, no hay nada que no sea aquello. Lo que no puede ser visto por «aquello» (la otra persona), puede ser conocido por mí; por tanto digo, «esto» emana de «aquello»; «aquello» a su vez deriva de «esto». Esta es la teoría de «esto» y «aquello». No obstante, la vida emerge de la muerte, y viceversa. La posibilidad nace de la imposibilidad, y viceversa. La afirmación está basada en la negación, y viceversa. Siendo así, el verdadero sabio rechaza toda discusión y se refugia en el cielo.

Porque uno puede basarse en esto, sin embargo, esto es también aquello y aquello es también esto. Esto también tiene su parte correcta y su parte incorrecta, y aquello tiene su parte correcta y su parte incorrecta; entonces, ¿existe o no existe realmente la distinción entre esto y aquello? Cuando esto, lo subjetivo, y aquello, lo objetivo, están sin sus correlativos, eso es el verdadero eje del Tao. Y cuando ese eje pasa por el centro en el que converge todo, las afirmaciones y negaciones por igual se funden con el Uno Infinito. Por ello se dice que no hay nada como usar la luz.

Como veis, el eje de los opuestos es la percepción de su polaridad. La diferencia entre ellos es explícita, pero su unidad está implícita. Hay una diferencia explícita entre los dos extremos de un palo, y una unidad implícita porque son extremos del mismo palo. Esto es lo que se entiende por el eje. El eje del Tao es lo que podría llamarse la «conspiración secreta» que subyace entre todos los polos y opuestos. Implícitamente o esotéricamente, ambos son fundamentalmente uno, la unidad, sea entre tú y el universo, o en cualquier tipo de polaridad, no es algo que haya que crear. Si lo creas, supones que no existe, y esto es lo que en el Zen llaman ponerle «patas a una serpiente» o «barba a un eunuco», es totalmente innecesario. La unidad existe; está siempre ahí. Puedes verla tan claramente que realmente casi puedes ponerle el dedo encima y sentirla. Pero por supuesto, si intentas agarrar el momento presente y dices «preparado, listo, ¡ahora!», ¡ya se ha ido! Cuanto más y más fina tracemos la rayita en el reloj para saber con precisión cuándo es *ahora*, más nos acercaremos al punto en que no podremos verla en absoluto. Pero si lo dejas en paz y no intentas asir el momento en su volar, siempre está ahí. No tienes que marcarlo ni tienes que poner tu dedo encima, porque es todo lo que hay. Y así, el momento presente de repente se dilata. Contiene todo el tiempo, todo el pasado, todo el futuro, todo. No tienes que aferrarte a él. Si puedes sentir eso, entonces date cuenta de que el movimiento del Tao es exactamente lo mismo que el Tao. El Tao, el curso de las cosas, el eterno ahora, la

presencia de Dios, lo que quieras llamarle, ¡eso es *ahora*! Y no puedes salirte de ello. No hay necesidad de irritarse, porque no puedes escapar de ello. Eso es hermoso. Simplemente relájate, y ahí estás.

6

LA PRÁCTICA DE LA MEDITACIÓN

La práctica de la meditación no es lo que vulgarmente se entiende por práctica, en el sentido de repeticiones, preparación para alguna futura actuación. Puede parecer raro e ilógico el decir que la meditación en la forma del yoga, dhyana o zazen, como la usan los hinduistas y budistas, es una práctica sin ningún propósito — en algún tiempo futuro — porque es el arte de estar completamente centrado en el aquí y el ahora. «No tengo sueño, ni voy a ninguna parte.»

Estamos viviendo en una cultura enteramente hipnotizada por la ilusión del tiempo, en el que el llamado momento presente es sentido como nada más que una rayita infinitesimal entre un pasado todopoderosamente causativo y un futuro absorbentemente importante. No tenemos presente. Nuestra consciencia está preocupada casi por completo con el recuerdo y la expectativa. No nos damos cuenta de que nunca hubo, hay ni habrá más experiencia que la presente. Por consiguiente no estamos al corriente de la realidad. Confundimos el mundo como se habla, se describe y se mide, con el mundo que realmente es. Poseemos una morbosa fascinación por esas útiles herramientas que son los nombres y los números, los símbolos, señas, concepciones e ideas. La meditación es, por tanto, el arte de suprimir por un tiempo el pensamiento simbólico y verbal, algo así como un cortés auditorio que deja de hablar cuando el concierto está a punto de comenzar.

Simplemente siéntate, cierra los ojos y escucha todos los sonidos que puedan oírse sin intentar darles un nombre o identificarlos. Si ves que el pensamiento verbal no te abandona, no trates de pararlo por la fuerza de la voluntad. Simplemente mantén la lengua relajada flotando cómodamente en la mandíbula inferior y escucha a tus pensamientos como si fueran pájaros cantando fuera — simples ruidos en el cráneo — y poco a poco se irán apaciguando por sí mismos, de la misma forma que un estanque turbulento y turbio se calma y se aclara cuando se le deja en paz.

Por otra parte, estate al tanto de tu respiración permitiendo a tus pulmones que lleven el ritmo que les sea más agradable. Y durante un rato, solo escucha y siente tu respiración. Pero si es posible, *no la llares* así. Experimenta simplemente el acontecer no-verbal. Podrás objetar que esto no es meditación «espiritual», sino una mera atención al mundo «físico», pero debe entenderse que lo espiritual y lo físico son solo ideas, concepciones filosóficas, y que la realidad de la cual tú te estás dando cuenta ahora, no es una idea. Más aún, no hay «tú» que se dé cuenta de ello. Eso también era solo una idea. ¿Te puedes oír a ti mismo escuchando?

Y ahora empieza a dejar que tu respiración «caiga» lenta y cómodamente. No fuerces ni aprietes tus pulmones, más bien deja que el aire salga de la misma manera en que te dejas hundir en una cómoda cama. Sencillamente déjalo salir, salir y salir. En el momento en que haya la menor tensión, deja simplemente que vuelva a entrar el aire como un reflejo; no lo metas tú. Olvida el reloj. Olvídate de contar. Tan solo mantenlo mientras puedas sentir el lujo de hacerlo.

Utilizando la respiración de esta manera, descubres cómo generar sin fuerza. Por ejemplo, uno de los adminículos (en Sánscrito, upaya) usado para aquietar la mente pensante y su compulsiva cháchara es conocido como mantra — cantos de sonidos por los sonidos en sí, más que por el significado —. Por tanto, comienza a emitir un simple sonido al expulsar el aire larga y confortablemente, en el tono que te sea más cómodo. Los hinduistas y los budistas para este tipo de prácticas utilizan sílabas como OM, AH, HUM (i. e. HUNG), los cristianos tal vez prefieran AMÉN o ALELUYA, los musulmanes ALLAH y los judíos ADONAI; en realidad es indiferente, puesto que lo que importa es única y exclusivamente el sonido. Podrías tan solo usar la sílaba MU como los budistas Zen. Profundiza en ese, y deja que tu mente se hunda más y más en el sonido mientras no haya ninguna sensación de tensión.

Por encima de todo, no esperes resultados, algún maravilloso cambio de consciencia o Satori: toda la esencia de la práctica de la meditación se centra en lo que es, no en lo que debiera o pudiera ser. El punto está en no poner la mente en blanco o en concentrarse ardientemente en, digamos, un simple punto de luz — aunque eso también puede resultar delicioso si se hace sin ningún ardor.

¿Durante cuánto tiempo se puede mantener? Mi propio y quizá inortodoxo sentimiento me dice que se puede continuar mientras no haya sensación de que se está forzando, y esto se puede extender fácilmente a unos 30 o 40 minutos de una sentada, después de la cual querrás regresar al estado normal de intranquilidad y distracción.

Al sentarse para meditar, es mejor usar un cojín grande sobre el suelo, mantener la columna erecta pero no tensa, poner las manos sobre el regazo — con las palmas hacia arriba — descansando cómodamente la una encima de la otra, y sentarse con las piernas cruzadas como una figura de Buda, en la postura del «loto» o del medio loto, o sentado sobre las rodillas. «Loto» quiere decir colocar uno o ambos pies, con la planta hacia arriba, sobre el muslo de la pierna opuesta. Estas posturas son ligeramente incómodas, pero tienen la ventaja, por tanto, de mantenerte despierto.

Durante el curso de la meditación es posible que tengas asombrosas visiones, ideas maravillosas y fascinantes fantasías. Incluso puedes sentir que te estás volviendo clarividente, o que puedes abandonar tu cuerpo y viajar a voluntad. Pero todo eso es distracción. Déjalo y simplemente observa lo que pasa AHORA. No se practica la meditación al objeto de adquirir poderes extraordinarios, porque si pudieras conseguir el ser omnipotente y omnisciente, ¿qué harías? Ya no habría más

sorpresas para ti, y tu vida entera sería como hacer el amor con una mujer de plástico. Desconfiad, pues, de todos esos gurús que prometen «maravillosos resultados» y demás futuros beneficios de sus disciplinas. Todo el tema está en darse cuenta de que no hay futuro, y que el verdadero sentido de la vida es una exploración del eterno ahora. ¡PARA, MIRA y ESCUCHA!

¿O deberíamos de decir «conéctate, sintonízate entre y momento»?

Se cuenta que un hombre fue a ver al Buda llevándole ofrendas de flores en ambas manos. El Buda dijo: «¡Tíralas!» El hombre tiró las flores que llevaba en la mano izquierda. El Buda volvió a decir «tíralas». El hombre tiró las flores que llevaba en la mano derecha. Y el Buda dijo: «¡Tira eso que no tienes ni en la derecha ni en la izquierda, sino en el medio!» Y el hombre alcanzó la iluminación instantáneamente.

Es maravilloso tener el sentido de que todo lo que vive y se muere está cayendo, o sigue a la gravedad. Después de todo la Tierra está cayendo alrededor del Sol, y a su vez, el Sol está cayendo alrededor de alguna otra estrella. Porque la energía es precisamente una toma de la línea de menor resistencia. La energía es masa. El poder del agua está en seguir su propio peso. Todo llega a aquel que pesa.

The practice of meditation is not what is ordinarily meant by practice, in the sense of repetitious preparation for some future performance. It may seem odd and illogical to say that meditation in the form of yoga, Dhyana, or Za-zen, as used by Hindus and Buddhists, is a practice without purpose—in some future time—because it is the art of being completely centered in the here and now. "I'm not sleepy, and there is no place I'm going to."

We are living in a culture entirely hypnotized by the illusion of time, in which the so-called present moment is felt as nothing but an infinitesimal hairline between an all-powerfully causative past and an absorbingly important future. We have no present. Our consciousness is almost completely preoccupied with memory and expectation. We do not realize that there never was, is, or will be any other experience than present experience.

We are therefore out of touch with reality. We confuse the world as talked about, described, and measured with the world which actually is. We are sick with a fascination for the useful tools of names and numbers, of symbols, signs, conceptions, and ideas. Meditation is therefore the art of suspending verbal and symbolic thinking for a time, somewhat as a courteous audience will stop talking when a concert is about to begin.

Simply sit down, close your eyes, and listen to all sounds that may be going on—without trying to name or identify them. Listen as you would listen to music. If you find that verbal thinking will not drop away, don't attempt to stop it by force of will-power. Just keep your tongue relaxed, floating easily in the lower jaw, and listen to your thoughts as if they were birds chattering outside—mere noise in the skull—and they will eventually subside of themselves, as a turbulent and muddy pool will become calm and clear if left alone.

Also, become aware of breathing and allow your lungs to work in whatever rhythm seems congenial to them. And for a while just sit listening and feeling breath. But, if possible, don't call it that. Simply experience the non-verbal happening. You may object that this is not "spiritual" meditation but mere attention to the "physical" world, but it should be understood that the spiritual and the physical are only ideas, philosophical conceptions, and that the reality of which you are now aware is not an idea. Furthermore, there is no "you" aware of it. That was also just an idea. Can you hear yourself listening?

And then begin to let your breath "fall" out, slowly and easily. Don't force or strain your lungs, but let the breath come out in the same way that you let yourself slump into a comfortable bed. Simply let

it go, go, and go. As soon as there is the least strain, just let it come back in as a reflex; don't pull it in. Forget the clock. Forget to count. Just keep it up for so long as you feel the luxury of it.

Using the breath in this way, you discover how to generate energy without force. For example, one of the gimmicks [in Sanskrit, upaya] used to quiet the thinking mind and its compulsive chattering is known as mantra — the chanting of sounds for the sake of sound rather than meaning. Therefore begin to "float" a single tone on the long, easy outbreath at whatever pitch is most comfortable. Hindus and Buddhists use for this practice such syllables as OM, AH, HUM [i.e. HUNG], and Christians might prefer AMEN or ALLELUIA, Muslims ALLAH, and Jews ADONAI: it really makes no difference, since what is important is simply and solely the sound. Like Zen Buddhists, you could use just the syllable MOOO [𑖦𑖳𑖪𑖪]. Dig that, and let your consciousness sink down, down, down into the sound for as long as there is no sense of strain.

Above all, don't look for a result, for some marvellous change of consciousness or Satori: the whole essence of meditation-practice is centering upon what IS — not on what should or might be. The point is not to make the mind blank or to concentrate fiercely upon, say, a single point of light — although that, too, can be delightful without the fierceness.

For how long should this be kept up? My own, and perhaps unorthodox, feeling is that it can be continued for as long as there is no sensation of forcing it — and this may easily extend to 30 or 40 minutes at one sitting, whereafter you will want to return to

the state of normal restlessness and distraction.

In sitting for meditation, it is best to use a substantial cushion on the floor, to keep the spine erect but not stiff, to have the hands on the lap—palms upwards—resting easily upon each other, and to sit cross-legged like a Buddha-figure, either in full or half "lotus" posture, or kneeling and sitting back on the heels. "Lotus" means placing one or both feet sole upwards upon the opposite thigh. These postures are slightly uncomfortable, but they have, therefore, the advantage of keeping you awake!

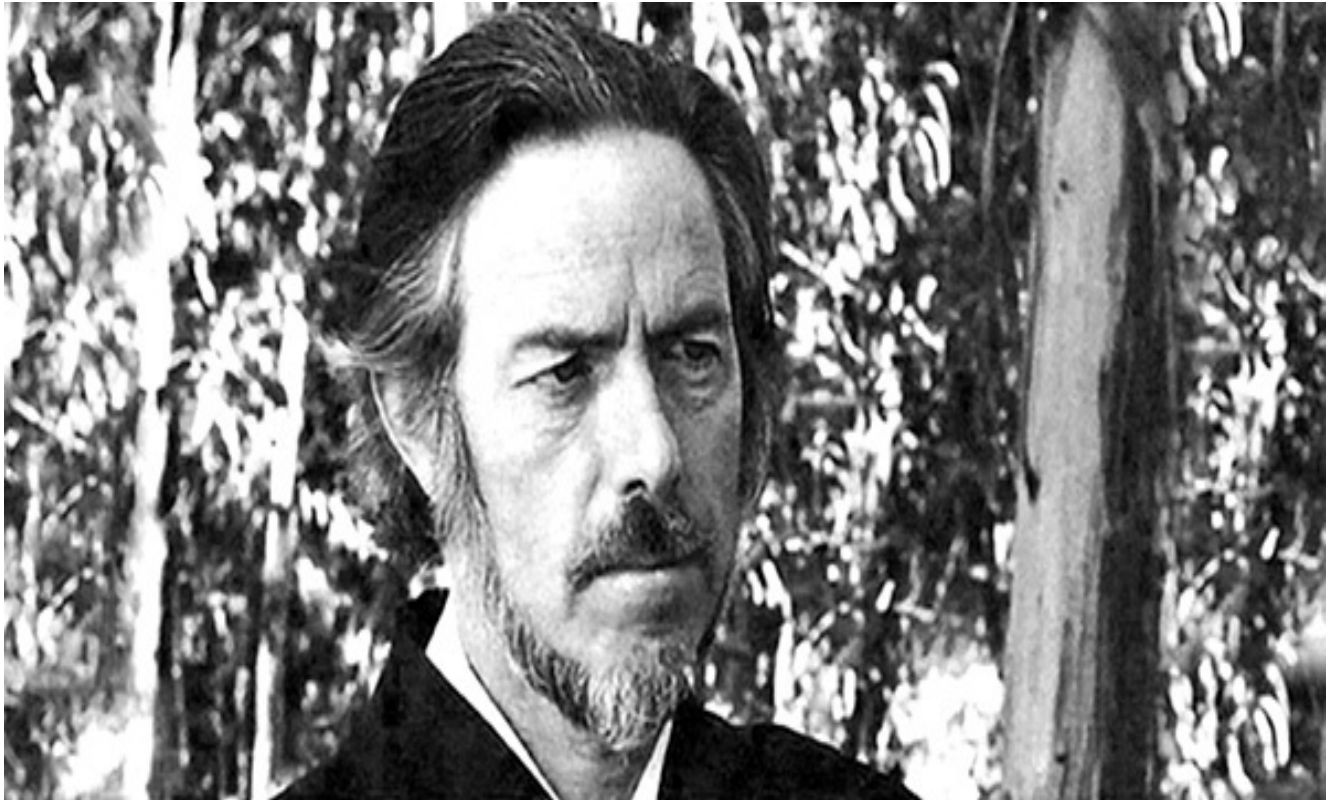
In the course of meditation you may possibly have astonishing visions, amazing ideas, and fascinating fantasies. You may also feel that you are becoming clairvoyant or that you are able to leave your body and travel at will. But all that is distraction. Leave it alone and simply watch what happens NOW. One does not meditate in order to acquire extraordinary powers, for if you managed to become omnipotent and omniscient, what would you do? There would be no further surprises for you, and your whole life would be like making love to a plastic woman. Beware, then, of all those gurus who promise "marvellous results" and other future benefits from their disciplines. The whole point is to realize that there is no future, and that the real sense of life is an exploration of the eternal now. STOP, LOOK, and LISTEN! Or shall we say, "Turn on, tune in, and drop in"?

A story is told of a man who came to the Buddha with offerings of flowers in both hands. The Buddha said, "Drop it!" So he dropped the flowers in his left hand. The Buddha said again "Drop it!" He dropped the flowers in his right hand. And the Buddha said, "Drop that which you have neither in

the right nor in the left, but in the middle!" And the man was instantly enlightened.

It is marvellous to have the sense that all living and moving is dropping, or going along with gravity. After all—the earth is falling around the sun, and, in turn, the sun is falling around some other star. For energy is precisely a taking of the line of least resistance. Energy is mass. The power of water is in following its own weight. All comes to him who weights.





ALAN WILSON WATTS (Chislehurst Kent, 6 de enero de 1915 - Mt. Tamalpais California, 16 de noviembre de 1973) fue un filósofo británico, así como editor, sacerdote anglicano, locutor, decano, escritor, conferenciante y experto en religión. Se le conoce sobre todo por su labor como intérprete y popularizador de las filosofías asiáticas para la audiencia occidental.

Escribió más de veinticinco libros y numerosos artículos sobre temas como la identidad personal, la verdadera naturaleza de la realidad, la elevación de la conciencia y la búsqueda de la felicidad, relacionando su experiencia con el conocimiento científico y con la enseñanza de las religiones y filosofías orientales y occidentales (budismo Zen, taoísmo, cristianismo, hinduismo, etcétera).

Alan Watts fue un conocido autodidacta. Becado por la Universidad de Harvard y la Bollingen Foundation, obtuvo un máster en Teología por el Seminario teológico Sudbury-Western y un doctorado *honoris causa* por la Universidad de Vermont, en reconocimiento a su contribución al campo de las religiones comparadas.

Notas

[1] *Soteriología*: Parte de la teología que enseña la doctrina de la salvación o toda forma de asistencia superior al ser humano. (*Nota del Editor*). <<

[2] Alan Watts, *This Is It* (New York: Vintage Books, 1973), pp. 19, 21 (Trad. Esp.: *Esto es eso* Editorial Kairós S. A.; Barcelona, 1993. <<

[3] Mircea Eliade, *The Two and the One* (New York: Harper & Row, 1952), p. 77. <<

[4] Watts, op. cit., pp. 30-31. <<

[5] K. C. Varadachari, *Alvars of South India* (Bombay: Bharatiya Vidya Bhavan, 1970), p. 178. <<

[6] *Zoku-Kosoden* (En chino: *Hsu Kao-seng Chuan*). <<

[7] *Mumonkan* (En chino: *Wu-men Kuan*), caso 19. <<

[8] En Chino, *wu* (no, nada). <<

[9] En Chino, *Gōng'àn* (caso público) <<

[10] *Kattoshu* (En chino: *Ko-t'eng Chi*). <<

[11] Rinzai Roku: *Shishu* (En chino: *Lin-chi Lu: Shih-chung*) <<

[12] Bokuju *Roku* (En chino: *Mu-chou Lu*). <<

[13] Zenrin *Ruiju*, cap. 2 <<

[14] *Mumonkan*, caso 41 <<

[15] *Keitoku Dento Roku* (En chino: *Ching-te ch'uan-teng Lu*), vol. 3 <<

[16] En chino, *tzu-jan* (espontaneidad o naturalidad). <<

[17] Zenrin *Kushu* <<

[18] Keitoku *Dento Roku*, cap. 8 <<

[19] Joshu *Shinsai Zenji Go Roku* (En chino: *Chao-chou Chen-chi Ch'an shih Yu-lu*).
<<

[20] En Chino, *wu-hsin* (ausencia de mente o falta de conciencia de sí mismo) y *wu-nien* (no pensar o dejar ir pensamientos e impresiones) <<

[21] *Ummon Roku* (En chino: *Yun-men Lu*) <<

[22] *Ibid.* <<

[23] *Rinzai Roku* <<

[24] Goso *Roku* (En chino: *Wu-tsu Lu*). <<

[25] En chino, *wu-wei* (no-acción, o crecimiento natural) <<

[26] Nos permitimos la licencia de conservar los términos «on» y «off» por su comodidad y conveniencia a la traducción que sigue, teniendo en cuenta que por su utilización internacional en la industria son ampliamente conocidos por nuestros lectores. (*N. de la T.*) <<

[27] En inglés original «frivolous, of course» (pronunciado friveles of Kors), y «followers of Christ» (pronunciado faloers of Kraist) Por su mala escritura y la similitud de la pronunciación, el pastor soltó lo primero que entendió. Podríamos haber buscado algún juego de palabras en español que dieran una idea más clara de la cómica situación, pero el contexto que sigue obliga a una traducción literal. (*N. de la T.*) <<

[28] Cockney: habitante de una barrio de Londres que habla un dialecto particular. Nuevamente el autor juega con la paronimia de las palabras «'ave a look it» (obsérvalo) tendría una pronunciación similar a Avalokit (eshvara). (*N. de la T.*) <<

[29] Además de juego en inglés, la palabra Play del original, significa pieza, obra dramática. De aquí que se piense en el teatro. (*N. de la T.*) <<

[30] Shakespeare *Ricardo III The Life and Death of King Richard III* [3.2.160-70] <<

[31] Shakespeare *The Tempest* [4. 1. 148-58] <<

[32] En el original, «Rock of Ages»; significa la Fe de Cristo. (*N. de la T.*) <<

[33] Juan 12:24. <<

[34] Juan 16:7 <<

[35] Isaías 45:6-7 <<

[36] Cf.: Herbert A. Giles, ed. and trans., *Chuang-tzu: Mystic, Moralist, and Social Reformer* (Shanghai: Kelly and Walsh, 1926) para todas las referencias a *Chuang-tzu*. Hay trad. esp.: «*Maestro Chuang Tsé*»; introducción y notas a cargo de Iñaki Preciado Idoeta; Barcelona, Editorial Kairós, 1996. <<

[37] Cf.: Lin Yutang, ed. and trans., *The Wisdom of Lao-tse* (New York: Modern Library, 1948). <<

[38] En la escala musical china hay cinco notas: Kyo, Chang, Kong, yu, tche, que corresponden a Do, Re, Mi, Sol, La. Las dos notas que faltan, Fa y Si, son tomadas como meras notas de paso, y se llaman «pien Kong» y «pien eche», respectivamente. «Pien» significa «pasaje». (*N. de la T.*) <<

ALAN WATTS



EL CAMINO DE LA LIBERACIÓN

